

REZA POR MI ALMA, ELSIE

SILVER KANE


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

194 — El otro lado del Infierno, *Silver Kane*.
195 — Pacto... ¡Después de morir!, *Curtis Garland*.
196 — La fábrica de cadáveres, *Clark Carrados*.
197 — Cita con los espíritus, *Burton Hare*.
198 — El diabólico doctor Zaroff, *Ada Coretti*.

SILVER KANE

REZA POR MI ALMA, ELSIE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 199
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 40.158 - 1976
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

Elinor detuvo el coche a la altura de Cromwell Road y contempló desde allí la lujosa y a la vez siniestra mansión de sus antepasados.

La enorme casa de piedra tenía tres pisos y estaba rodeada por la hiedra. La parte posterior podía contemplarse desde Cromwell Road, en la población de Soanes, pero la parte delantera daba a un inmenso parque y a una serie de bosques que la ocultaban a los ojos de los habitantes de la pequeña ciudad. En aquella casa, que tenía más de tres siglos, parecía haber algo especial, algo maléfico.

Y, sin embargo, era una casa soberanamente hermosa. Muy pocos edificios en Inglaterra tenían aquella noble categoría. Elinor lo contempló todo entre fascinada y estremecida, pues no le gustaba ir allí. Pero al fin se encogió de hombros, apretó los labios y puso otra vez en marcha el coche, dirigiéndose hacia la casa.

Hacía una noche de mil diablos.

Todo el paisaje había ido cambiando conforme ella se acercaba a Soanes, en el País de Gales, y un ambiente gris y opresivo lo iba llenando todo. La lluvia empezó a golpear el parabrisas cuando ella aún no había llegado a la casa. De pronto un enorme rayo le hizo detenerse en seco.

Elinor lanzó un grito.

No sabía bien por qué, pero todo aquello la aterrorizaba.

Vio que el rayo había derribado un viejo árbol y que acababa de caer sobre la estrecha carretera comarcal. La mujer tuvo que apearse del coche, apartarlo con todas sus fuerzas y seguir su camino. Cuando llegó ante las puertas de Holsey Manor, la lluvia se había hecho mansa y suave, pero impedía ver a diez pasos.

Un viejo farol alumbraba la entrada.

Bajo él, una placa de bronce indicaba: «Residencia de los corazones solitarios.»

Elinor encendió un cigarrillo dentro del coche, dio un par de chupadas e intentó calmarse. Sabía muy bien que su padre, diez años antes, cuando el mantener aquella enorme casa se hizo casi imposible por los elevados gastos, resolvió instalar en ella una residencia para personas que vivieran solas y que quisieran gozar de la tranquilidad del campo inglés. Al morir su padre, el ama de llaves, la señora Grover, había seguido con el negocio, del que Elinor cobraba una pequeña parte.

El resto era consumido por los gastos de la casa, que ella se negaba a vender, pues había sido la mansión de sus antepasados durante tres siglos. Los residentes ocupaban parte del edificio, mientras que el resto continuaba como en los buenos tiempos. Había en él algo que a Elinor le fascinaba, aunque había de confesar que le daba miedo.

Otro rayo cayó sobre las almenas.

La noche se llenó de luces espectrales.

Ella saltó del coche y atravesó a la carrera, bajo la lluvia, el pequeño trecho que le faltaba para llegar a la casa.

Elinor, a sus veinticinco años, tenía la agilidad de los dieciséis. Era bonita, esbelta, dura. Su cargo de secretaria en el almirantazgo le había dado además una distinción y una serenidad que las otras mujeres no tenían.

Usó la llave.

Del enorme portalón de la entrada sólo se abría una parte, y ella pasó de un salto, cerrando a su espalda. Se sentía estremecida de frío. Miró en torno suyo a través de la oscuridad, buscando el conmutador de la luz, pues ya no sabía dónde estaba. En aquel momento una racha de viento abrió de golpe una de las ventanas, haciendo que las hojas de ésta se estrellaran contra la pared.

Elinor estuvo a punto de lanzar un grito, pero en seguida sonrió. Parecía increíble que siempre le sucediera aquello.

Ya desde niña le había estado sucediendo. Cuando entraba en un sitio, aquello era como «marca de fábrica». En seguida se abrían las ventanas y se originaban corrientes de aire. En el colegio, y más tarde en la Universidad, habían llegado a decir que ella estaba embrujada.

Todo tenía su explicación, claro.

Ella solía dejar las ventanas mal cerradas, y éstas se abrían al menor golpe de viento.

Claro que, por lo visto, no era ella la única que cerraba las ventanas mal. Fue hacia aquel sitio, ajustó las hojas y cerró de nuevo, mientras recibía en la cara el impacto de la lluvia. Seguidamente empezó a buscar la luz otra vez.

Y entonces cayó el rayo.

Otra ventana se abrió. Elinor lanzó un grito, que fue ahogado por el estruendo horrísono del trueno. Se llevó por un momento las manos a la cara mientras la luz espectral lo llenaba todo.

En aquel momento la vio.

La mujer estaba allí.

Sentada grotescamente al pie de las escaleras.

Muy quieta.

Con las piernas abiertas.

Y con la soga al cuello.

La soga que la había estrangulado, haciendo que la lengua, terriblemente hinchada, quedase fuera de la boca.

La soga estaba sujeta por el otro extremo a uno de los barrotes de la escalera, y al resbalar la mujer peldaños abajo se había estrangulado. Debía llevar bastante tiempo así, porque todo su cuerpo estaba amoratado.

Elinor sintió que sus propios dedos crispados se le metían en la boca.

Estaba aterrada.

Su grito alucinante llenó el inmenso vestíbulo, pero nadie la oyó. El estampido del trueno lo había ahogado todo otra vez, mientras un nuevo resplandor violáceo -proyectaba una legión de sombras.

Entonces Elinor corrió.

Corrió como una loca.

Subió las escaleras de tres en tres, pasando al lado de la muerta.

Entró en la habitación que estaba a la izquierda del piso superior.

No podía equivocarse.

Aquélla era la habitación donde fue feliz un breve espacio de su vida. Cerró la puerta a su espalda ansiosamente. Sentía un terrible deseo de gritar.

Y entonces unas manos cayeron sobre ella.

Unos labios ansiosos buscaron los suyos.

Un cuerpo la apretó.

Unos dedos ágiles buscaron la fina piel de sus muslos.

CAPITULO II

Sólo cuando Elinor había sido derribada encima de la cama, sólo cuando aquel hombre la besaba ansiosamente, tuvo ella la suficiente capacidad de reacción para pronunciar unas palabras. Mientras apartaba al hombre que ya estaba materialmente sobre ella, dijo con voz ahogada:

—El hecho de que seas mi marido no te autoriza de esa manera, John. Esto parece un asalto.

El encendió la luz y la miró con timidez. Su bello rostro, aquel rostro delicado de hombre demasiado guapo, estaba muy pálido. Su cuerpo delgado y ágil, auténtico cuerpo de bailarín de categoría, estaba enfundado en unos pantalones grises y un jersey negro. Retiró poco a poco las manos del cuerpo de Elinor mientras musitaba:

—Perdona.

Ella se alisó la falda, mientras se ponía en pie. No estaba enfadada por aquella especie de asalto, aunque le había sorprendido. Mientras intentaba sonreír nerviosamente al hombre, musitó:

—A veces, los tímidos hacéis estas cosas sin sentido, John. A veces intentáis pasaros de la raya para demostrar que sois más atrevidos que nadie. Toda esta escenita te la podías haber ahorrado, créeme.

—Es que me gustas, Elinor...

Ella se sentó en el borde de la cama, mientras decía desalentada:

—No es momento para hablar de esto, John.

—¿Por qué no? ¿Para qué hemos venido los dos a este sitio, pues, si no es para intentar rehacer nuestro matrimonio?

Ella dijo con un soplo de voz:

—¿Cuánto tiempo llevamos separados, John?

—Dos años.

—Bueno, pues hay que intentarlo por última vez.

—Sabes perfectamente que yo lo quiero con toda mi alma, Elinor. Por eso he venido aquí, a la vieja casa donde fuimos tan felices. Estoy decidido no sólo a hablar, sino a hacer cualquier cosa que tú me pidas.

—De acuerdo, pero no es éste el momento.

—¿Por qué no es el momento?

—Debemos ocuparnos de una cosa mucho más grave, John.

—¿De qué, por ejemplo?

—De una mujer muerta que hay abajo.

—¿Qué...?

Elinor repitió con voz opaca:

—Una mujer muerta que hay abajo.

Y fue a abrir para salir de nuevo. En aquel momento pareció golpear misteriosamente la ventana de la habitación. Esta se abrió. La lluvia y el viento entraron en aquel recinto como una fuerza misteriosa.

John lanzó una carcajada. El miedo que pareció sentir al principio se había difuminado como si se lo llevase el viento.

—Siempre lo mismo, Elinor —murmuró—. ¡Eres única...!

—¿Por qué?

—Donde tú estás hay corrientes de aire. ¡Todas las ventanas se abren! ¡Ni que tuvieras una especie de magnetismo!

—Es que debía estar mal cerrada, John.

—No, no... Te aseguro que la he cerrado bien.

—Pues entonces es que seguramente no ajusta.

Y salió de nuevo. Estaba ansiosa. El solo pensamiento de que iba a encontrarse otra vez con aquella muerta la horrorizaba, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que tenían que hacer algo, de que tenían que avisar a la policía con toda urgencia.

El la siguió.

—¿De veras lo has visto bien, Elinor? ¡Es imposible que aquí hayan matado a nadie! ¡Esta es una casa donde todo el mundo vive en paz!

Y los dos se asomaron a las escaleras.

Otro rayo.

Otra luz lívida.

Y otro grito de Elinor.

Pero ahora por otra razón. Ahora lo lanzó porque... ¡las escaleras estaban vacías! ¡Porque la muerta que ella vio unos minutos antes había desaparecido!

CAPITULO III

John musitó:

—¿Pero te das cuenta? Es absurdo lo que dices. Sabes perfectamente que aquí nadie sueña en cometer un crimen.

—Te juro que..., que estaba ahí.

—¿Quién?

—Una mujer de unos cincuenta y tantos años... Pelo gris. Vestía con bastante elegancia y llevaba unas gafas muy gruesas, pero-las gafas casi se le habían caído.

—¿Cojeaba un poco?

—¿Cómo quieres que sepa si cojeaba? ¡Estaba completamente muerta!

A Elinor la pregunta le había parecido absurda, pero de pronto recordó. Fue como si lo viera otra vez. Como si sus ojos volvieran a clavarse en aquel bastón con asidero de plata que estaba junto a la víctima.

—Sí —dijo—. Claro que debía cojear. Seguro...

—Pues entonces ya sé a quién has visto. A la señora Slim.

—¿Quién es la señora Slim?

—Una de las pensionistas que viven aquí, una de las clientes del negocio que fundó tu padre. Normalmente no vienen nunca a este lado de la casa, pero debió asustarse con la tormenta y se confundió de puertas Debió caerse y tú pensaste que estaba muerta, pero e. seguro que no le ha pasado nada. Ya verás como la encontramos en su habitación si vamos para allí.

—¡John! ¡Te juro que estaba muerta! ¡Un lazo corredizo le pasaba por la garganta! ¡La habían ahorcado!

—Bueno, eso se comprueba fácilmente. Vamos a su habitación.

—De acuerdo, vamos. Pero no me dejes sola ni un minuto.

—¿Por qué te voy a dejar?

—Eso es lo que quiero: que no te despegues de mí —musitó ella—. ¿En qué habitación vive o vivía esa mujer?

—En la doce del ala oeste. Ven.

Los dos avanzaron por el pasillo, donde se alineaban los valiosos muebles antiguos y los retratos de los antepasados. Los rayos lo seguían iluminando todo con su luz espectral, de modo que no necesitaban ni encender las luces. Realmente tampoco habían pensado en ello. Unas escaleras auxiliares les llevaron al ala oeste.

John dudó un momento.

—No sé si es la puerta de la derecha o la de la izquierda —musitó.

—Pues es fácil resolverlo. Entremos en las dos.

—De acuerdo, Elinor. Yo ésta.

—Yo ésta.

La mujer empujó la que tenía delante de los ojos.

Se produjo una brusca corriente de aire.

La ventana que estaba a! otro lado de la habitación 'se abrió.
Entraron la lluvia y el viento.
La luz maléfica del rayo lo iluminó todo.
Y entonces Elinor la vio.
La figura quieta.
Alta.
Llevando un bastón con asidero de plata.
Elinor no se asustó, sin embargo.
Elinor sintió alivio.
Mientras intentaba esbozar una sonrisa, musitó;
—Bueno, yo...
El cuchillo voló entonces a su encuentro.
Fue como un relampagueo de luz.
El tajo resultó atroz.
El cuello de Elinor pareció saltar en pedazos.
La luz blanca del rayo iluminó el brillo rojo de la sangre.
Ella lanzó un estertor.
No pudo brotar ningún sonido de su garganta rota.
Sus ojos se desencajaron.
Aún pudo verlo de nuevo.
El cuchillo volvió a caer.
Y Elinor dijo con algo que ya no era una voz humana:
—No...
Chocó contra la pared.
El nuevo golpe le había atravesado el corazón de lleno.
Aquel hermoso cuerpo giró dos veces sobre sí mismo.
Al fin se estrelló contra la ventana, que seguía todavía abierta.
La lluvia y el viento parecieron empujarla.
La sangre salió al exterior y empezó a gotear sobre la hiedra.

CAPITULO IV

El coche, un «Austin» negro de la policía del condado, se detuvo con un suave chirrido de frenos. Había cejado de llover, pero todo estaba aún muy húmedo y tenía un delicioso color verde. El inspector Kerrigan, Mientras se apeaba del coche, dijo con un suspiro:

—No conozco ninguna región tan bonita como ésta, ¡maldita sea! Es una comarca donde debe dar gusto que lo entierren a uno.

Y entró en la casa.

Dos policías uniformados le siguieron cuidadosamente. Mientras se ajustaban bien los cascos, miraron con fijeza al hombre joven y esbelto que les estaba abriendo la puerta.

Kerrigan lo conocía.

—John tiene un aspecto extraño —musitó para sí mismo—. Lo he pensado siempre: demasiado guapo.

Y le tendió la mano.

—Inspector Kerrigan —dijo.

—Celebro que haya venido, inspector.

—Me he puesto en camino en seguida. Además, ¿para qué ocultárselo?, tampoco tenía nada que hacer. ¡Hay tan poco trabajo aquí! Usted me ha llamado a las ocho y son exactamente las ocho y cuarto. Bueno, y a todo esto, ¿qué ha ocurrido? ¿Le han robado uno de los viejos cuadros de los antepasados? ¿Le han rayado uno de los canteranos de la época de Jorge III? ¿Le han estrellado una botella de tinta china contra uno de los tapices de Flandes?

John negó con la cabeza.

—Por favor, inspector —gimió—, usted no comprende esto.

Y le acompañó hasta el ala oeste del edificio.

Abrió la puerta.

John sintió una contracción en la garganta.

La preciosa mujer estaba allí, doblada sobre el alféizar de la ventana. Su cuerpo aún no se había enfriado.

Pero la sangre sí que se había coagulado en torno a la espantosa herida. Parecía como si a Elinor la hubieran decapitado con una guillotina.

Kerrigan sintió frío en los huesos, pero lo disimuló muy bien. Con voz que era perfectamente natural, preguntó:

—Hace muchas horas que ha muerto; ¿por qué no me ha avisado antes?

—Quizá porque estaba aterrado... No sabía lo que me hacía, créame... He estado como un loco horas y horas, mirándola... No sé explicárselo, pero a veces la muerte de los seres queridos produce como un hipnotismo.

—Lo sé muy bien —dijo Kerrigan—. He visto muchos casos así. Gente que perdía del todo la noción del tiempo.

Y se inclinó sobre el cadáver. Sus ojos grises y duros lo escrutaron todo.

Kerrigan tenía un cuerpo esbelto y ancho, un cuerpo de atleta, mientras que el de John, mucho más armonioso, era el de un bailarín. De uno de los dos cuerpos se desprendía una fuerte sensación de virilidad, mientras que el otro daba una intensa sensación de fragilidad, de armonía y de belleza. Quizá las mujeres, que se sienten protectoras, preferían a este último.

—¿Dónde estaba usted? —musitó.

—En la habitación de al lado.

—¿Y no oyó nada?

—No.

—¿Por qué no?

—Muy sencillo: los truenos lo llenaban todo...

Kerrigan dejó de mirar aquel cuerpo. Se volvió hacia John y apretó los labios. Con una voz absolutamente impersonal preguntó:

—¿Por qué se separaron?

—¿Lo sabía? —musitó John.

—Yo sé todo lo que ocurre en este condado. Contésteme si puede: ¿Por qué se separaron al poco tiempo de casarse?

—Es largo de explicar...

—Pues trate de decirlo en dos palabras. Miles de matrimonios se separan cada año en Gran Bretaña. Supongo que el suyo no sería tan distinto.

—No acabábamos de entendernos.

—¿Por qué no?

—¿Y qué voy a decirle? Pequeños disgustos, problemas que por sí mismos no tienen importancia, pero que se van amontonando uno sobre otro... Además, ella tenía extrañas aficiones. No sé, no me gustaban.

—¿Qué es lo que no le gustaba, John?

—Pues... Bueno... —Y de pronto—: ¿Es realmente eso necesario, inspector? ¿Tiene algo que ver con su muerte?

Kerrigan le dirigió una mirada helada, una mirada que le demostró que también aquel hombre tranquilo y aparentemente desocupado podía tener la dureza del acero. Y John se dio entonces cuenta de algo que quizá no había pensado aún: cuando una mujer separada de su marido muere en extrañas circunstancias, el marido es el primer sospechoso. Por lo tanto tenía que hablar.

—Es realmente difícil de explicar —musitó—, pero ella tenía aficiones parapsicológicas, aficiones espiritistas... Creía en la reencarnación, en la transmigración de las almas y en todo eso. A veces iba a reuniones en que se producían fenómenos parapsicológicos. Me refiero a sillas que se mueven, a puertas que se abren y esas cosas que la física no acaba de explicar. Con ella misma se daba un extraño fenómeno: allí donde Elinor entraba, las ventanas se abrían y se producían corrientes de aire.

—Porque las ventanas estarían mal engajadas —gruñó Kerrigan sin el menor interés.

—Bueno, supongo que sería eso.

—¿Y por una cosa tan tonta se separaron? —Preguntó Kerrigan mientras le acompañaba fuera para aliviarle de la vista del cadáver—. Millones de personas creen en Gran Bretaña en la transmigración de las almas. Y prácticamente la totalidad de la población es religiosa en algún sentido y cree en la vida sobrenatural de una forma o de otra. No veo motivo para que eso produjera alguna discordia.

John se dejó caer en una de las butacas de la habitación contigua. Estaba abrumado. Mientras se servía un vaso de whisky, usando la botella que tenía al alcance de su mano, murmuró:

—No era solamente eso. Hubo algún momento en que ella me acusó de afeminado, cosa que no es cierta, porque, sin falsas pretensiones, yo sé que gusto a las mujeres. También hubo alguna escena de celos, por parte de Elinor, lo cual no concuerda con lo que he dicho antes de que me consideraba afeminado, pero ya sabe usted que las mujeres no son siempre lógicas. Ella se iba de un extremo a otro. Últimamente se le metió en la cabeza que yo estaba liado con otra.

—¿Y era verdad? —Preguntó fríamente Kerrigan—. Ahora ya no tiene importancia el que lo diga.

—No —suspiró John—, no era verdad.

Kerrigan suspiró cansinamente. Mientras los dos hablaban, una serie de expertos habían ido llegando y efectuaban las comprobaciones rutinarias: medidas de la habitación, posición del cadáver, clases de heridas, distribución de los muebles. Un fotógrafo del juzgado comarcal sacaba placa tras placa. Esa silenciosa marcha de la justicia, hecha de mil cabos sueltos que acaban ensamblándose, avanzaba como una especie de marea. Y John se estaba poniendo cada vez más nervioso, sabiendo perfectamente que el principal sospechoso no podía ser más que él.

—Ella había venido aquí a tratar de reconciliarse —dijo, como si eso arreglara las cosas—. Quería que volviéramos a vivir juntos.

—¿Y por qué la mataron en esa habitación? —Preguntó Kerrigan—. No era la suya.

—¿Cómo sabe que no era la suya?

—Muy sencillo: en el armario había ropas de vieja.

—Maldita sea... Ni siquiera me he dado cuenta de que miraba usted el armario. Parecía como si no se fijara en nada.

—Pura rutina —gruñó Kerrigan—. Y ahora dígame de quién es esa habitación.

—De la señora Slim.

—¿Quién es la señora Slim?

—Una pensionista de las que viven aquí. Usted sabe mejor que yo que el padre de Elinor no podía mantener los gastos de esta casa, pero le fastidiaba venderla, porque era la mansión de sus antepasados. En consecuencia destinó una parte de ella a residencia de personas solitarias que amaran la paz, unas personas de las que cuida el ama de llaves, la señora Grover. Elsie, la


hermana de Elinor, es una especie de intendente general del negocio.

—Muy bien. ¿Y dónde está la señora Slim?

—Ha desaparecido.

Kerrigan alzó la cabeza levemente, pero ésa fue su única reacción. Con voz perfectamente tranquila preguntó:

—¿La han buscado?

—No.

—¿Por qué no?

—Elinor dijo que estaba muerta. Que la había visto ahorcada en las escaleras principales. Pero luego salimos los dos y allí no había nadie. Yo supongo que eso fue simplemente una alucinación.

—Una alucinación y, sin embargo, la señora Slim ha desaparecido, ¿no es eso?

John le miró con una lucecita de esperanza en los ojos.

— Sí —susurró—, lo cual indica que ella puede ser la culpable.

Kerrigan asintió levemente. Se puso en movimiento y fue hacia la ventana. Ahora no se abrió, a pesar de que hacía viento. La comprobó y vio que encajaba bastante bien. Luego movió la cabeza con un gesto de duda.

—¿Con Elinor se hubiese abierto? —preguntó.

—¿Por qué quiere saber eso?

—No sé explicarlo... Es una tontería.

Y se encogió de hombros dirigiéndose a las escaleras, donde casi tropezó con el juez que llegaba para el levantamiento del cadáver. El juez le saludó.

—Mal asunto, ¿verdad, Kerrigan? Esto va a llamar mucho la atención. Nuestra tranquila comarca se llenará de periodistas dentro de poco.

—Es inevitable, juez.

—¿Va a detener a alguien?

—De momento sólo he de buscar a una mujer desaparecida llamada señora Slim, pero no para detenerla. Sólo quiero saber qué ha ocurrido con ella. Por lo demás, nadie en este momento me parece sospechoso.

Y miró significativamente a John mientras descendía. Luego añadió con voz resignada:

—Menudo caso aburrido...

Y llegó a la planta baja. Fue allí cuando se dio cuenta de que quizá el caso podía no ser aburrido del todo. Porque la mujer estaba sentada en una de las butacas. La mujer le miraba con ojos aterrados y parecía no darse cuenta de lo que hacía, pero quizá por eso mismo había cabalgado de tal forma una pierna sobre la otra. La mujer le enseñaba sus fascinantes muslos en toda su extensión. La mujer era una auténtica portada de Play-boy. La mujer estaba como para saltar sobre ella desde lo alto de las escaleras principales.

Sólo tenía un defecto, aunque quizá para algunos podía ser una misteriosa e inquietante virtud: que se parecía a la muerta...

CAPITULO V

La muchacha corrió ágilmente hacia el pajar, con la maravillosa rapidez de los diecisiete años. Su acompañante la siguió mientras barbotaba:

—Te voy a atrapar igualmente... Esta me la pagas... Te juro que la pagas, condenada...

La chica le había estrellado medio pastel de nata en la cara, mientras estaban merendando junto al río. Ella lanzó una carcajada mientras abría la puerta del pajar. Los ojos del muchacho se iluminaron.

Demonios con la nena.

Entró él también como un bólido en aquel recinto donde estarían solos.

Y se dio cuenta de que ella ya se había caído «casualmente» encima de la paja.

—Lo has hecho para que te persiguiera —musitó él tranquilamente.

—No, hombre, no... ¡Qué va!

—Sabes que me tienes loco, Susan.

—No, no... ¡Qué va!

—Me gustas tanto, que hoy voy a hacer una barbaridad.

—No, hombre, no... ¡Qué va!

—Y tú lo vas a consentir.

—No, hombre, no... ¡Qué va!

No es que la chica fuese un prodigio hablando, desde luego, pero el muchacho ni la oía, lo cual era una ventaja después de todo. Además Susan, a falta de facilidad de palabra, tenía otras virtudes. Tenía, por ejemplo, unas piernas sensacionales. Tenía, por ejemplo, un par de femeninos encantos que reventaban la blusa.

Tenía, por ejemplo, una boca roja que parecía decir: «¿Pero a qué esperas, pedazo de asno?»

El no esperó.

Cayó encima de la chica, besándola ansiosamente.

Ella se dejó besar.

El hundió las manos profundamente en la paja, para sujetarla mejor por debajo e impedir que se le escapase, porque ya se sabe que las mujeres suelen fastidiarlo todo en el último momento.

Y entonces tocó algo que estaba hundido allí.

Algo que no era la carne caliente de una mujer joven.

Algo que, por el contrario, era la carne fría de una mujer vieja.

Sus manos se estremecieron.

La chica balbució, desencantada:

—¿Pero qué te pasa?

—¡Susan...!

—¿Qué diablos haces ahora? ¿Por qué no te comportas como un canalla de una puñetera vez? ¿Qué te crees que estoy esperando?

—¡Susan, hay alguien sepultado aquí abajo!

Susan gritó espantada:

—¡Mi padre que nos vigila!

—¡No, burra! ¡Es una mujer!

Y el muchacho la apartó. Sus manos ansiosas hurgaron en la paja. El bastón con empuñadura de plata fue lo primero que apareció.

Y luego la cara desencajada.

La lengua violácea.

Los labios de un espantoso color negro.

Los dos chillaron a la vez. Ni siquiera el muchacho pudo evitarlo. Susan casi se desmaya.

Cuando echó a correr hacia la ciudad de Soanes, situada al otro lado del río, ni siquiera se dio cuenta de que en el pajar se dejaba la mitad de la ropa.

* * *

La preciosa mujer se quitó la combinación.

—¿Así? —musitó.

No obtuvo respuesta, pero la verdad fue que tampoco la esperaba. Los labios del hombre buscaron ávidamente su boca. El poderoso cuerpo masculino la aprisionó. Los dos se hundieron en la vorágine de sus sentimientos, de sus pasiones, de sus sueños secretos.

Sus labios se encontraron, sus palabras se entrecruzaron, sus cuerpos se transmitieron el calor de la vida, mientras más allá de las ventanas imperaba el silencio.

Pero entonces, justo cuando lo mejor acababa de pasar, alguien golpeó quedamente en la puerta con los nudillos.

—Eh... ¡Inspector Kerrigan!

Kerrigan saltó de la cama y quedó casi cómicamente sentado en el suelo mientras ahogaba una maldición.

—¿Qué pasa, señora Benson?

—¡Le llaman al teléfono! ¡Es desde jefatura!

—Que se vayan a..., a..., a... allí mismo, los de jefatura, señora Benson.

—¡Señor Kerrigan, que es el jefe!

—Pues que vaya dos veces.

—Señor Kerrigan, eso mismo es lo que me ha dicho él: que fuera usted.

—Bueno, pues ya que estamos empatados, me iré.

Y empezó a vestirse rápidamente. La preciosa mujer dijo mientras levantaba un poco la cabeza de la almohada:

—Esa señora Benson es una pesada, ¿no?

—Sí, pero vivo en su casa y me cobra una pensión muy barata. Mientras no me case, tengo que aguantarme.

—¿Y por qué no te casas?

—¿Con quién?

—Por ejemplo conmigo.

Kerrigan emitió apenas un gruñido.

—La vida está muy achuchada —se defendió—. Un policía rural gana poco. No puedo mantener a otra persona, cuerno.

Y fue hacia la habitación en que estaba el teléfono, después de abrocharse la camisa. El comisario estaba furioso:

—¡Kerrigan! —aulló—. ¿Dónde se había metido?

—Es mi tarde libre, señor. Las criadas tienen dos días a la semana. Yo tengo una tarde solamente. ¿Le parece demasiado?

—¡No me venga con historias, ahora! ¿Sabe a quién han encontrado?

—A su mujer, amado jefe. La que se escapó el año pasado con el agente Tyler.

—¡Cállese, maldito!

—A sus órdenes, amado jefe. Me callo.

—Han encontrado el cadáver de la señora Slim. Estaba sepultada en un pajar de las cercanías. Dos muchachos que se dedicaban a sus cosas la han visto allí. No sé cómo no se han dado cuenta antes de que empezara a oler, puesto que llevaba dos días muerta.

—Sí... Han pasado ya dos días desde el asesinato de Elinor —musitó Kerrigan—. Voy en seguida para allí.

Y fue a colgar, pero el comisario aulló:

—¡Dos días sin que haya descubierto absolutamente nada!

Kerrigan tragó saliva. Una brusca sensación de impotencia le dominó mientras colgaba el aparato lentamente. Luego salió de la casa.

Era tan despistado que ni siquiera se dio cuenta de que se había dejado la americana en la habitación. En el cruce de la nacional siete y la comarcal dos, donde no respetó una preferencia de paso, un policía de tráfico le puso una multa por eso, otra por ir indocumentado como un indeseable y otra por suponer que había robado el coche. Y quizá no le faltaba la razón.

* * *

El médico mostró las vísceras casi arrancadas a tirones, el cerebro, los miembros terriblemente yertos. Con esa indiferencia que los forenses tienen ante la muerte, explicó mientras se lavaba las manos:

—En efecto, la señora Slim fue estrangulada, o mejor dicho ahorcada, tal como había señalado Elinor y tal vez como luego repitió su marido. Y también debió caer por las escaleras, porque presentaba una serie de hematomas en las nalgas.

Kerrigan desvió la mirada de todo aquel desagradable amasijo de carne medio destruida y susurró:

—O sea, doctor, que dijeron la verdad.

—Sí.

—Entonces se cometieron dos crímenes y no uno en una sola noche... Es

realmente increíble en una comarca tan tranquila, tan apacible, tan... Bueno, un sitio donde todo el mundo se conoce y se quiere. De pronto parece como si una extraña maldición se hubiera abatido sobre esta tierra.

—Lo dice usted de una forma extraña, Kerrigan.

—¿Cómo lo digo?

—Como si creyese en brujerías.

Kerrigan se estremeció un momento, mientras sus ojos se posaban en el vacío. Luego susurró:

—Una de las víctimas, Elinor, creía en brujerías. Incluso había algunas personas que decían que ella misma era una bruja.

—¿En qué sentido?

—Las ventanas se abrían cuando ella entraba en un sitio.

—Ventanas mal cerradas, supongo.

—No lo sé.

—Bueno, Kerrigan —dijo el forense encogiéndose de hombros—, de un modo u otro la autopsia de la señora Slim ha revelado un dato que no tiene importancia desde el punto de vista policíaco, pero sí que tiene importancia desde el punto de vista humano. Ella, en realidad, casi salió ganando al morir.

—¿Ganando al morir? ¿Quién gana cuando la palma, si puede saberse? ¿Por qué demonios dice <eso?

—Pues verá: gana al palmarla el que muere rápidamente y casi sin darse cuenta, y en cambio hubiese muerto poco tiempo después, lentamente, y entre convulsiones. No es lo mismo.

Kerrigan volvió la cabeza bruscamente.

—¿Quiere decir que la señora Slim...? —preguntó.

—Sí, padecía cáncer.

—¿Avanzado?

—Había empezado la destrucción de ciertos tejidos, en el estómago. Supongo que debía sufrir ya algunos dolores muy intensos, aunque no había llegado lo peor ni mucho menos. Eso le permitía llevar una vida aparentemente normal, sin que ninguno de los otros pensionistas lo notase.

—Es cierto —balbució Kerrigan—, nadie había observado nada. Incluso dicen que la señora Slim tenía un carácter muy apacible.

—Mejor para ella. De todos modos, eso poco importa, ¿verdad? —recapacitó el forense—. Ya le he dicho que, desde el punto de vista policíaco, no le va a ayudar. Lo haré constar en el informe como una nota al margen.

—Gracias, doctor.

—De nada. ¿Ha averiguado algo?

—He averiguado una cosa muy importante, doc.

—¿Qué?

—Que soy un idiota, ¿le parece poco?

Y salió de allí. Entonces vio en la puerta de la Morgue, que estaba anexa al pequeño hospital comarcal, una comitiva de personas que esperaban pacientemente. Kerrigan los conocía uno a uno, aunque se sorprendió de que

estuvieran allí.

Pudo repetir sus nombres mentalmente, mientras los miraba con fijeza.

La señora Potter.

La señora Manson.

El señor Kluge.

El señor Wolf.

La señorita Kimbold.

El joven Batterfield.

Todos ellos eran pensionistas de Holsey Manor, es decir personas que vivían en la vieja casa solariega como si ésta fuera un hotel. Las señoras Potter y Manson y los señores Kluge y Wolf encajaban muy bien en aquella clase de vida, puesto que eran personas retiradas de sus trabajos y que amaban la paz. No resultaba, en cambio, tan normal el caso de la señorita Kimbold y el joven Batterfield, que hubiesen debido preferir un sitio más alegre para vivir. Sin embargo, eran estudiantes y, por lo visto, deseaban un sitio tranquilo para preparar sus exámenes.

Junto con ellos estaban las personas que cuidaban de la casa. La hermana de Elinor, a la que él había visto mostrándole sus tentadoras piernas dos días antes. El ama de llaves, señora Grover, estirada y seca como si hubiese sido arrancada de un grabado del siglo dieciocho. Y Jameson, el jovial jardinero y hombre para todo, el que siempre tenía una sonrisa en los labios y siempre estaba diciendo que la vida era pistonuda. Cosa normal en él, puesto que buscaba a las mujeres y además tenía una salud de hierro.

Fue él quien vino al encuentro de Kerrigan mientras decía quitándose la gorra:

—Nos hemos enterado de que al fin fue hallada la señora Slim, inspector. Ha sido horrible, ¿verdad? Pero es lo que yo digo: ¿para qué quería vivir si ya ningún hombre le hacía caso? Con todos los respetos, inspector, pero ir viviendo sólo para poder estar suscrito al Times y no hacer nada más, es algo que no vale la pena. En fin, todos los pensionistas de Holsey Manor y las personas que cuidamos de ellos hemos venido a despedirnos de esa pobre mujer. Espero que a usted no le sepa mal ni le moleste.

Kerrigan sonrió a pesar de todo. Le resultaba simpático aquel tipo desbordante de vida, bastante educado a pesar de su poca formación, y que nunca ponía dificultades para nada. Cuando le interrogó dos días antes, a propósito del crimen, fue él quien más colaboró. Y encima invitó a Kerrigan a un whisky hecho en casa que al pobre inspector por poco tienen que sacarlo entre cuatro, media hora más tarde.

—No, no me sabe mal —dijo—. Al contrario, es lógico que ustedes se despidan puesto que forman como una gran familia.

—Eso es... Una gran familia. Un poco aburridos son, desde luego, pero ¿qué se le va a hacer? Oiga, ¿cuándo es el entierro?

—En seguida. La autopsia ha terminado ya. La señora Slim no tenía parientes, ¿verdad?

—Ninguno.

—Entonces pediré a John que presida el duelo junto con usted. Va a ser un poco triste... En fin, perdóneme.

Kerrigan hubo de ocuparse entonces de algo que no le incumbía, pero que debía hacer por un deber de humanidad: atender a los detalles de un entierro. Llamó a John, el viudo de Elinor, y éste tuvo la atención de comparecer con una corbata negra. Situó también a Jameson a la cabecera del sepelio. Detrás seguía Elsie, la hermana más joven de Elinor, o sea la cuñada de John. Desde que Kerrigan la vio llorando en el vestíbulo de la enorme casa, no había podido olvidar sus fantásticas piernas ni la delicadeza de su busto. Mientras iban detrás del ataúd, aún le dirigió dos o tres miradas malévolas.

Realmente, a pesar de que acababa de salir de la cama de una chica, a Kerrigan no le hubiese importado mucho meterse en la cama de otra, sobre todo si esa otra era Elsie. Debía ser que el tío era un inmoral y estaba podrido hasta la médula.

Mientras avanzaban hacia el pequeño cementerio rural, a través de los campos maravillosamente verdes del País de Gales, le sorprendió a Kerrigan que ninguno de los otros pensionistas estuviera asustado. La señora Slim había sido asesinada, lo cual indicaba que algún homicida, o quizá un loco, rondaba por Holsey Manor. Cualquiera de ellos podía ser la próxima víctima, y, sin embargo, estaban tan tranquilos. En ninguno de ellos advirtió la menor señal de temor, y ni siquiera de tristeza.

Kerrigan miró a John. Este también parecía extrañado por aquella actitud.

—No parecen estar asustados en lo más mínimo, ¿verdad? —susurró el policía.

—Ni hablar... Ya lo ve. Están tan tranquilos.

—¿Por qué? ¿Es que la señora Slim no era su amiga precisamente?

—Naturalmente que lo era, pero a mí me hace el efecto que esa gente considera la muerte como algo perfectamente natural, mientras que nosotros la consideramos una tragedia. Si uno se fija en la naturaleza se da cuenta de que todo nace y muere, y que es conveniente que ello suceda así. Esos pensionistas viven en plena Naturaleza, ¿comprende? Sólo van a comer y a dormir a Holsey Manor, pero el resto del día pasean por los bosques, leen, piensan... Yo creo que, en esas condiciones, una persona se encuentra a sí misma y acepta con tranquilidad la muerte. Usted y yo no, porque siempre tenemos cosas pendientes que hacer y facturas por pagar, y porque vivimos sumergidos en cosas estúpidas como si la vida hubiera de durar eternamente. La verdad es que envidio a esas personas porque yo nunca podré tener su santa paz.

—Pues ha encajado bien lo de la muerte de su esposa —dijo con rapidez Kerrigan, mirándole con un relampagueo.

—Lo he encajado bien porque ella no ha muerto —dijo extrañamente John, mientras cerraba los ojos.

—¿Qué dice? ¿Que no ha muerto? Pero si ya está enterrada.

—Bueno... Ya sabe que quizá Elinor era un poco bruja.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Es que las brujas no mueren? Además, ¿es que a una persona se le pueden atribuir cualidades sobrenaturales por el simple hecho de que deje mal cerradas las ventanas?

Hablaban en voz baja, mientras avanzaban por el camino del cementerio, flanqueado por olmos gigantes. En aquella atmósfera apacible, suave, casi cautivadora, resultaba increíble hablar de cosas sobrenaturales, pero, sin embargo, Kerrigan lo encontraba normal. Quizá era porque él mismo también se iba transformando.

—No es eso —dijo John—. Es que ella pensaba que volvería a nacer.

—¿A nacer? ¿Dónde?

—Aquí mismo, en esta comarca, cerca de la casa de sus antepasados. En Elinor esa convicción era tan profunda que yo he llegado a tenerla también. Por eso no estoy triste, puesto que me domina la seguridad de que volveré a verla. Aunque no lo crea, a Elinor la quería mucho, tanto, que nuestra separación fue para mí el golpe más fuerte de mi vida. Y no comprendo de ningún modo cómo pudo ella acusarme de que yo estaba liado con otra mujer.

—¿No era cierto? —preguntó velozmente Kerrigan, aprovechando el hecho de que el otro parecía estarle hablando con la mayor confianza.

—No, no era cierto. Reconozco que algunas mujeres me buscan, porque tengo un aspecto un poco infantil, un poco afeminado quizá, y eso parece que les hace gracia. Los tipos viriles como usted, Kerrigan, las asustan un poco. A nosotros, en cambio, desean protegernos como si fuéramos sus hijos. En fin, resulta un poco complicado, pero el hecho es que algunas mujeres, y en especial una, quisieron meterme en su cama con la mayor urgencia posible. Lo cual no quiere decir que yo hiciera el menor caso, se lo aseguro. A Elinor siempre le fui fiel.

Kerrigan tuvo la convicción de que aquel tipo decía la verdad. La había tenido desde el primer momento, y quizá por eso no le detuvo. Los periodistas llegados de Londres le habían preguntado: «¿Es que no detiene a nadie? ¿No se da cuenta de que el marido es el primer sospechoso?» Y Kerrigan les había respondido: «Yo sólo soy un pobre policía rural que no trabaja con sospechas, sino con evidencias. Y por ahora no tengo ninguna.»

La verdad era que Kerrigan se encontraba en una especie de callejón sin salida, y él lo sabía muy bien. En dos días no había adelantado nada, y era muy posible que en dos meses no adelantara nada tampoco. Lo cual significaba que lo enviarían al cuerno y trae-rían para sustituirle a un hombre especializado de Scotland Yard.

Mejor para él.

Así le quedaría tiempo para poder perseguir a Elsie y tomarle las medidas de las piernas.

CAPITULO VI

Kerrigan entró lentamente en el despacho de su jefe, un despacho en el que, junto a unas enormes hojas con mariposas exóticas, estaba clavado un retrato de la reina de Inglaterra. Cerca de la respetable Isabel II colgaba un calendario, y él lo miró. Habían transcurrido ya seis semanas desde la muerte de Elinor y de la señora Slim en términos policíacos, había pasado casi toda una vida.

El jefe pareció interpretar su pensamiento cuando gruñó:

—Y usted sin adelantar nada.

Kerrigan, desalentado, tomó asiento al otro lado de la mesa, enfrente de las mariposas gigantes. Había algunas que tenían una especie de calaveras en sus alas y causaban un efecto fúnebre. Pensó una vez más que la vida no tenía demasiados atractivos y susurró:

—¿Va usted a sustituirme, señor Weil?

—¿Le extrañaría que lo hiciese?

—Con franqueza, no. Reconozco que no he adelantado nada, pero tengo mis excusas para ello. ¿Sabe lo que me desconcierta? Pues el hecho de que en Holsey Manor todo haya seguido con un ritmo tan absolutamente normal. Los pensionistas siguen en sus habitaciones, Jameson sigue cuidando el jardín y preparando la comida. La señora Grover, el ama de llaves, sigue dejando abierta su ventana por la noche a ver si algún valiente entra allí y la da un agradabilísimo susto. Elsie, la hermana de Elinor, no se ha movido de la casa y parece una sombra. En cuanto a John, que pasa la mayor parte del tiempo en Londres, no hace absolutamente nada sospechoso. Los agentes del Yard que le observan me informan día a día. Da la sensación de que aquello fue una pesadilla que no se volverá a repetir, algo absolutamente sin sentido, como si aquellos dos crímenes los hubiera cometido el diablo.

El comisario hizo una mueca.

—Usted sabe que no los cometió el diablo, Kerrigan, sino que los cometió un ser humano. Ha tenido seis semanas para descubrirlo y no ha conseguido nada. La Prensa de Londres ya se ha olvidado en parte de este asunto, pero de tarde en tarde, cuando lo resucita, es para reírse de nosotros. Le doy dos días más para que llegue a algún resultado; de lo contrario pediré ayuda al Yard.

Kerrigan sabía que no tenía ninguna defensa. Se puso en pie, señaló las mariposas clavadas en las hojas y murmuró:

—¿Y a ellas? ¿Quién las ha matado?

Fue hacia la puerta sin decir nada más. ¿Para qué? Cuando ya estaba en la puerta se encogió de hombros.

Poco podía imaginar que muchas veces los seres humanos también morían así, que morían como extrañas mariposas. Esa era para él una página que aún estaba por escribir en el libro del tiempo.

* * *

La vio allí. Detuvo el coche cuando ya la comarca se había cargado de sombras, apagó los faros y se acercó a la casa. La figura humana estaba en la verja de Holsey Manor, clavada en ella, con las puntas de acero hundidas hasta el fondo de las entrañas.

Kerrigan sintió un estremecimiento visceral al ver aquello, sintió un choque en el cerebro que le obligó a cerrar los ojos. De pronto tuvo incluso la absurda sensación de que iba a tambalearse.

La miró mejor.

La figura humana había caído desde una de las ventanas del tercer piso. En aquel lado de la casa, las ventanas estaban a poca distancia de la gran verja, cuyos extremos eran como agudas puntas de lanza. Proyectándose desde aquella altura, el peso había hecho que el cuerpo quedase completamente clavado Como una mariposa en el álbum.

A la luz incierta que llegaba desde el bosque, Kerrigan contempló mejor aquel cuerpo. Pudo darse entonces cuenta, al mirar de lleno sus facciones desencajadas, que era la señora Manson. Después de la señora Slim, una segunda pensionista había muerto.

Miró la ventana desde la que debió caer. Estaba abierta, y sus dos hojas oscilaban al viento. De una forma inconsciente, Kerrigan pensó en la otra mujer que ya estaba muerta, en aquella a cuyo paso se abrían las ventanas. Tuvo un estremecimiento.

Rodeó el edificio y se dio cuenta de que la soledad era absoluta allí. En Holsey Manor, todo el mundo parecía dormir. Fue entonces hacia la puerta principal y la abrió con una llave maestra, pese a saber que eso era ilegal. La hoja de madera cedió con un crujido y entonces él se enfrentó con la luz incierta del vestíbulo.

El silencio era allí angustioso.

Las sombras parecían haberse petrificado en el aire.

Y la soledad también hubiera resultado angustiosa de no estar allí aquella mujer; de no estar allí su escote atrevido, sus piernas largas y torneadas, sus labios incitantes, su mirada perdida.

Elsie, la hermana de Elinor, se levantó de la butaca en que había estado sentada mientras decía en voz baja:

—Creí que eso era ilegal, Kerrigan. Yo pensaba que la policía no entraba en los sitios sin una orden en regla.

—Creí que no iba a verme nadie, Elsie —confesó él—, pero, además, tampoco hubiera podido evitarlo. Es un caso de urgencia.

—¿Urgencia, por qué?

—La señora Manson ha muerto.

Elsie palideció intensamente, brutalmente, mientras había en su cuerpo un estremecimiento de horror. Y Kerrigan tuvo que llegar a la conclusión de que, o él no conocía a los seres humanos, o ella había sido sincera al asustarse de

aquel modo. Jamás había sospechado de Elsie, pero ahora tenía un motivo más para comprender que ella nunca pudo haber matado a la señora Manson.

La muchacha musitó:

—Está bromeando... Eso es imposible...

—¿Imposible? ¿Cree que hubiera entrado aquí sólo para ver si alguien me daba lumbre, Elsie?

—¡Pero si..., si a ella no la odiaba nadie! ¡Si además no podía dejar apenas nada en herencia! ¿Qué motivos podía haber para matarla? ¿Y qué es lo que está pasando aquí, Kerrigan? ¿Es que de repente ésta se ha convertido en la casa de los infiernos?

Kerrigan no contestó. Realmente no había para ninguna respuesta. Subió las escaleras casi de cuatro en cuatro mientras notaba que la muchacha le seguía.

—¿Qué habitación era la suya? —preguntó.

—La tres...

Ahora Kerrigan conocía bastante bien aquella casa. Siguió por uno de los pasillos secundarios. Se detuvo ante una puerta y se dio cuenta de que estaba solamente entornada. La abrió de golpe.

Pudo ver lo que es normal en la habitación de una pensionista que vive con comodidad, pero sin excesivo dinero. Unos muebles sólidos y antiguos, unos cuantos libros, prendas de ropa cómodas, algunos recuerdos personales... Todo el pequeño mundo de una persona ya sola y para la que se van cerrando poco a poco las puertas de la vida.

Más allá estaba la ventana, cuyas hojas batían al viento. Precisamente el viento era bastante fuerte. Kerrigan miró hacia abajo, vio el cuerpo humano doblado en la verja, sintió que sus dedos se crispaban levemente y cerró la ventana.

Elsie estaba tras él.

Y estaba muy pálida, puesto que también había visto el macabro espectáculo de abajo. Pero conservando toda la vida de sus ojos y sus labios, toda su radiante belleza.

Kerrigan musitó:

—¿Quién ha podido entrar aquí?

—Cualquiera, pero no había ningún motivo para que alguien tratase de matar a la señora Manson. Ya te he dicho que nadie la odiaba y además no tenía tampoco demasiado dinero, o sea que no podían matarla por ambición. Ha tenido que suicidarse.

—¿Y por qué tenía que hacerlo?

—No lo sé. ¿Quién puede entrar en el corazón de una persona? —susurró Elsie con un hilo de voz.

—¿Y quién pudo entrar en el corazón de la señora Slim? ¿Quizá también ella se suicidó?

Elsie se llevó las manos a los ojos mientras le recorría un estremecimiento. Con voz que no parecía la suya, farfulló:

—Por favor, no quiero seguir hablando de esto. Te repito que nadie pudo matar a la señora Manson. Era una buena mujer que nunca había ofendido ni a un perro.

Kerrigan volvió la espalda.

—Llamaré al juez —dijo pesadamente.

Otra vez le dominaba una terrible sensación de impotencia. Su mirada le había demostrado ya que no existía la menor violencia en la habitación, o sea que no podía hablarse de lucha. Como la señora Manson era fuerte pese a no ser ya joven, estaba bien claro que nadie había podido arrojarla por la ventana sin destrozar cosas. Tampoco había cajones abiertos ni señales de desorden, lo cual indicaba que ningún ladrón había intentado apoderarse de nada. Reforzaba esa impresión el hecho de que incluso unas joyas de un cierto valor estaban olvidadas sobre una mesa, a la vista de todo el mundo.

Kerrigan desistió de marcar el número. Volvió la espalda y descendió al jardín, junto a la verja. Como un sonámbulo se acercó al cadáver y miró las gotas de sangre que resbalaban poco a poco por los barrotes, hasta formar en el suelo un siniestro charquito.

Elsie le había seguido.

Sólo se escuchaba en el silencio de la noche el ritmo irregular de su respiración.

—¿Qué estás pensando? —musitó.

—Quiero comprobar una cosa que he creído ver desde arriba.

Kerrigan se subió a la verja por la derecha del cadáver y miró su espalda. Había un roto en el vestido, muy cerca de los sitios donde se hundían las púas, pero aquel roto no había sido causado por ninguna de ellas. Mientras se ponía maquinalmente un cigarrillo en los labios, bisbiseó:

—La han empujado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes decir eso?

—Muy sencillo: ése roto en la parte de atrás del vestido. Alguien la ha sujetado con tanta fuerza que le ha desgarrado la ropa, e inmediatamente ha podido empujarla. Por descontado que ha tenido que ser algo muy rápido, porque no ha habido tiempo ni de desplazar un mueble de su sitio. Hay que pensar que la señora Manson también debía estar muy distraída y con la ventana abierta. ¿Solía hacerlo?

—Bueno... Mientras la ventana no se haya abierto sola... —susurró Elsie.

—¿Solía hacerlo? —repitió Kerrigan, sin querer oír las palabras anteriores.

—Creo que sí. Le gustaba mirar el paisaje antes de acostarse, porque decía que eso le calmaba los nervios.

—Entonces todo está claro. Ella se encontraba de espaldas a la puerta de la habitación, asomada a la ventana, y de pronto alguien entró silenciosamente. Fue un momento nada más. Un empujón hábil, una voltereta en el aire y... ¡abajo! Por descontado que hubo de ser alguien con mucha fuerza y también con mucha habilidad, lo cual elimina por completo a los demás pensionistas. Creo que eso también te elimina a ti, Elsie, a pesar de que eres una muchacha

muy sana y muy fuerte.

—Yo nunca sería capaz de..., de...

—Lo comprendo. No hace falta que lo digas.

E hizo un gesto de decisión. Señaló la casa.

—Vamos arriba otra vez —dijo.

Los dos ascendieron por las solemnes escaleras, ahora con más calma. Llegaron de nuevo a la habitación, y la mirada de Kerrigan le demostró una vez más que la persona que había defenestrado a la señora Manson debía poseer una habilidad extraordinaria. Para voltearla con aquella rapidez, sin dejarle tiempo ni para gritar, debió haber empleado con seguridad una llave de judo.

—Eso limita mucho el campo —dijo, pensando en voz alta—. Ya sé dónde tengo que buscar.

Y en aquel momento sucedió algo muy extraño.

Algo que no tenía sentido.

La ventana se abrió sola.

El viento del norte entró aullando en la habitación.

Lo mismo Elsie que Kerrigan tuvieron aquella misma crispación en la garganta.

Se volvieron hacia la puerta.

Se volvieron con la lentitud de la muerte.

CAPITULO VII

Allí estaba.

Había entrado silenciosamente como un fantasma, deteniéndose en la puerta. La impresión fue tan brusca, que Elsie lanzó, incluso, un leve chirrido de horror.

Pero la mujer dijo con voz sosegada:

—Perdone, señora..., ¿qué le pasa?

Los dos la miraron, mientras flotaba en sus ojos la expresión que uno tiene cuando se encuentra ante un aparecido. Aunque había que reconocer que aquella mujer que estaba ante ellos, detenida en la puerta, no daba ningún miedo, sino todo lo contrario. De su rostro se desprendía una extraña belleza y una extraña serenidad.

Se trataba de una mujer alta, perfectamente torneada, elegante. Aunque sus ropas eran sencillas, se notaba que tenía clase, distinción. El pelo negro como el ala de un cuervo le caía sobre la espalda largamente. Sus ojos resultaban profundos como un pozo. Era hermosa, pero tenía esa hermosura inquietante de las mujeres- vampiro, o la vaporosa sensación del Más Allá que dan las heroínas de Edgar Allan Poe.

Elsie retrocedió un paso, como si aún no pudiera dominar su sensación de miedo. Kerrigan se situó delante de ella y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha venido aquí a estas horas?

—Me llamo Ligeia

—Ese es un nombre muy extraño —dijo Kerrigan.

—¿Extrañó por qué? Hay un cuento de Allan Poe que se llama así: Lady Ligeia. No tiene nada de sorprendente.

Se trataba de un detalle banal, pero aquel nombre acentuó aún más la sensación de pesadilla que había envuelto la aparición de aquella extraña mujer. Elsie seguía estando terriblemente pálida. Fue Kerrigan el que preguntó de nuevo:

—¿Y de dónde viene?

—De Londres.

—¿Para qué?

—Me han enviado de la firma de construcciones Town & James para hacer un presupuesto. Por lo visto desean ustedes hacer reformas en esta casa.

Kerrigan miró a Elsie. Esta musitó:

—He oído nombrar a la Town & James, pero yo no he encargado un presupuesto de obras a nadie.

—Pudo haberlo encargado Elinor —musitó Kerrigan.

—Exactamente —dijo la aparecida—, fue la señorita Elinor. Hace ya más de dos meses, razón por la cual les pedimos a ustedes que nos disculpen. Tenemos tanto trabajo que hasta ahora no habíamos podido atender lo de ustedes.

Kerrigan hizo un gesto afirmativo.
—De acuerdo —musitó—, ¿pero cómo se presenta a estas horas? Debió usted darse cuenta de que es más de medianoche.
—También les ruego que me disculpen —murmuró Ligeia—. Es una grave incorrección por mi parte, pero no he encontrado alojamiento en Soanes, y he pensado que quizá podría dormir en la casa. He querido llamar, pero la puerta estaba abierta. He dado una voz, pero no me ha respondido nadie. Entonces he subido.
Kerrigan musitó, mientras se pellizcaba la mandíbula:
—Bueno, todo lo que usted dice es perfectamente lógico, pero...
—¿Pero qué?
Kerrigan no parecía saber qué responder. Fue Elsie la que lo hizo por él, hablando con voz opaca:
—¿Siempre se abren las ventanas cuando usted entra en algún sitio, Ligeia? —preguntó.
—No, ¿por qué?
—Por nada.
—Ni me había dado cuenta —susurró Ligeia—. ¡Oh, perdonen...! Si hace falta, la cerraré. Ya me doy cuenta de que, efectivamente, hacen falta muchas reformas en esta casa.
Y fue a dirigirse hacia la ventana, pero Kerrigan la detuvo con un gesto suave. No quería que viese a la mujer muerta, cosa que ocurriría en cuanto se asomase.
—No se preocupe —dijo—, lo haré yo. Y, por supuesto, puede vivir en esta casa mientras estudia el presupuesto, ya que supongo que tendrá que repasar hasta los cimientos. ¡Ah...! Además, ahora que me doy cuenta, no nos hemos presentado. Esta señorita es Elsie, la actual dueña de la casa. Yo soy el inspector Kerrigan, de la policía del condado.
—¿Policía? ¿Y qué hace aquí? ¿Es que ha ocurrido algo?
—Ha ocurrido un accidente —explicó él.
—¿Un accidente? ¿De qué clase?
—Una de las pensionistas que viven aquí ha caído por esta ventana. Simple casualidad, ¿sabe? Desde luego, es posible que mientras esté usted aquí le causemos pequeñas molestias, pero serán cosas de puro trámite. Elsie, ¿por qué no le indicas alguna habitación donde pueda dormir?
Elsie ya se había serenado. No había duda de que era una mujer con clase, una mujer educada en la difícil y elegante tradición británica de dominar las emociones. Acompañó a su inesperada huésped a una habitación del mismo pasillo y luego regresó junto a Kerrigan. Se retorcía los dedos nerviosamente mientras sus labios estaban crispados en una especie de mueca de estupor.
—No me gusta esa mujer —susurró—, no me gusta absolutamente nada.
—¿Por qué?
—No sé... Es un presentimiento.
—¿Un presentimiento de qué, Elsie?

Elsie alzó un poco las manos para hacer un gesto de hastío.
—Nada, no tiene importancia —musitó.
—Si tú lo dices es que tiene importancia —dijo Kerrigan—. ¿De qué se trata?
—De..., bueno, ya sé que es ridículo. Pero, al entrar ella, la ventana se ha abierto de golpe como cuando entraba Elinor.
Kerrigan no se movió.
Pero algo había cambiado en su cara.
Diríase incluso que por su espalda y su cuello había pasado un estremecimiento.
Su voz sonó en la habitación como una sentencia.
—No digas cosas que no tienen sentido, Elsie.
—Pero entonces..., ¿entonces por qué...?
—¿Por qué? Por nada. Por una simple casualidad que no se va a repetir. Además, en esta vieja casa, las ventanas no encajan bien y se abren al menor golpe de viento. Olvídalo.
Y volvió de nuevo al teléfono para llamar al juez. Este gruñó malhumorado desde las profundidades de su cama:
—¿Otra muerte? Ya voy, maldita sea, ya voy... ¿Pero por qué no se morirá la gente a las doce del mediodía, como tiene que ser? ¡Y precisamente ahora! ¡Ahora, cuando mi mujer se había ido a Liverpool y yo y la criada estábamos solos en casa...!

* * *

Kerrigan tenía la cara cansada, los párpados ligeramente hinchados. Ofrecía ese aspecto sin esperanza del tipo que no ha dormido en toda la noche y no piensa dormir tampoco en la noche siguiente. Había tenido que ocuparse del traslado del cadáver, de la búsqueda de testigos, del interrogatorio de los otros pensionistas y del examen de las huellas. Por último, había tenido que escuchar una bronca monumental de su jefe, cosa perfectamente lógica.
Su cuartel general para las investigaciones había sido instalado en la enorme biblioteca de Holsey Manor, por donde todos los habitantes de la casa habían desfilado uno a uno. Incluso la propia Ligeia había tenido que declarar oficialmente lo que observó al entrar en la casa. Pero todo aquello sin resultado, sin esperanzas y sin encontrar la menor pista.
Eran ya casi las once de la mañana siguiente, cuando se estaba frotando los ojos, con un gesto de cansancio. De pronto alzó la cabeza al oír un leve taconeo dentro de la habitación.
Miró aquellas curvas.
Aquellos labios rojos.
Aquella expresión preocupada de Elsie.
Elsie se dejó caer casi en una de las butacas de cuero rojo, frente a él. Cruzó las piernas de cualquier modo, sin darse cuenta. La muy maldita

llevaba liguero, como le gustaba a Kerrigan. La piel blanca y suave de los muslos destacaba sobre el borde de las medias.

Kerrigan sintió que se le secaba la boca. Quizá por eso fue ella la primera en hablar.

—Estoy preocupada, Kerrigan —musitó.

—No es para menos. Se han cometido ya tres crímenes en esta casa, y una de las víctimas es tu propia hermana.

—Lo cual ha hecho que llegaras a sospechar de mí.

—¿De ti? —Kerrigan se encogió de hombros—. ¿Y por qué?

—Por una razón muy lógica. Vosotros, los policías, siempre os preguntáis a quién beneficia un crimen.

—Cierto. Y ese crimen te podía beneficiar a ti, puesto que quedabas como única dueña de esta mansión enorme. Pero hice en seguida un estudio bancario y un informe financiero de todo esto, ¿sabes? La conclusión fue que Holsey Manor sólo produciría la ruina de su dueño si éste no compensaba los gastos con algunos ingresos, como por ejemplo el pequeño negocio de hospedaje que tenéis. Y, la verdad, nadie mataría, ni si-quiera a un gato para heredar semejante cosa. Cuando tuve los números en la mano, comprendí que tú no podías haber hecho eso nunca.

—Te agradezco que lo hayas pensado, Kerrigan.

—Entonces, ¿de qué te preocupas?

—Es por otra cosa. Es...

—¿Qué?

—Esa mujer.

—¿Ligeia?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—Me da miedo...

—¿Por qué?

—No sé... —Elsie se retorció las manos—. Es una tontería, ya lo sé, pero lo de la ventana no puedo olvidarlo.

—Si todas las casualidades que ocurren van a afectarte de este modo, estás aviada, Elsie. Reservaré plaza para ti en el manicomio más cercano.

—No es eso sólo, Kerrigan.

—¿Pues qué es?

—He estado pensando.

—¿Pensando en qué?

—Lo de la compañía que esa mujer representa. Yo no sé que nadie haya encargado un presupuesto a Town & James. Y si fue Elinor, quiero estar absolutamente segura de que realmente fue ella.

—Fue ella. Ligeia misma te lo dijo.

—Prefiero convencerme de que no miente.

—¿Por qué había de mentir?

—No lo sé... Es difícil explicarlo, pero... En fin, no lo sé. Sin embargo, no

me puedo quedar con esta duda.

—Es sencillo resolverlo —dijo Kerrigan tranquilamente, mientras ponía la mano sobre el teléfono—. Se llama a esa compañía y en paz.

—No, no lo hagas. Quizá ella ha dejado algún recado para que nos engañen. Prefiero que una persona visite el local y lo averigüe de una forma más discreta.

—¿Por ejemplo un policía del Yard?

—No, porque los del Yard huelen a policía a cien leguas. Eso podría hacerlo el propio John, que está en Londres.

—¿Quieres que le avise?

—Por favor, sí.

Kerrigan hizo un signo afirmativo y llamó. Dio a John las explicaciones más indispensables, pero éste se mostró de acuerdo en visitar Town & James y en averiguar discretamente lo de aquel presupuesto, del cual él tampoco sabía nada. Claro que eso no era extraño —agregó— porque Elinor y él habían estado separados últimamente.

Al cabo de un par de horas, fue John el que llamó desde Londres. Su voz era ansiosa cuando dijo:

—Inspector, he estado a punto de volverme loco.

—¿Por qué?

—La casa Town & James no existe.

—¿Pero qué infiernos dice? ¡Yo mismo la he oído nombrar! ¡Y recuerdo haber visto sus anuncios en los periódicos docenas de veces!

—Los vio hasta hace unos tres o cuatro años, seguro. Pero desde entonces no han aparecido más porque la empresa se disolvió. Estaba al borde de la quiebra y sus dueños se dieron el piro a España y a Suiza.

La boca de Kerrigan se abrió. A pesar de ser un hombre que dominaba sus emociones, la cara que puso fue un poema. Con un susurro, balbució:

—Oiga... Pero entonces...

—Lo he repasado todo para asegurarme bien —explicó John al otro lado del hilo—. He visto incluso los libros del Registro Mercantil. Nadie pudo encargar un presupuesto de reparaciones a una compañía que no existe.

—Por lo tanto Elinor no pudo hacerlo...

—No, desde luego que no. Pero he estado recordando una cosa.

—¿Qué ha estado recordando, John?

—Elinor tenía buenos amigos en esa empresa. Incluso durante una breve temporada trabajó en ella.

—Perfecto, pero esa simpatía no ha podido manifestarse después de que..., después de que Elinor ha muerto.

Kerrigan se dio cuenta entonces de que Elsie estaba oyendo la conversación por el teléfono auxiliar de la biblioteca. El cuerpo de la muchacha sufrió tal contracción que llegó a golpear la mesa.

—¿Y yo qué puedo explicarle? —Preguntó John—. Sólo intento darle toda la explicación posible, aunque no entienda una palabra.

Kerrigan contestó con un hilo de voz:

—Ha sido muy amable, John. Gracias.

Y colgó.

Estaba pálido.

Pero más pálida estaba Elsie, cuyos ojos enormes casi le saltaban de la cara

—Todo esto es una pesadilla —balbució.

Y se acercó a Kerrigan.

Temblaba como una hoja al viento.

Los dedos parecían querer escaparse de sus manos. Las uñas rasgaban el aire.

Y, de pronto, su garganta se rompió en una especie de llanto, en un grito visceral, en una llamada inútil. De su garganta escapó aquel sonido inarticulado que sólo significaba una cosa: «Miedo.»

Se ciñó a él con todas sus fuerzas, mientras los labios femeninos temblaban angustiosamente.

CAPITULO VIII

Un instante después aquellos labios se elevaron poco a poco. Ninguno de los dos supo cómo había ocurrido y seguramente ninguno de los dos llegó a explicárselo, pero los labios se unieron. La fría boca de la mujer se unió a la cálida boca del hombre. El cuerpo tembloroso de Elsie se ciñó a él como si allí encontrara su última esperanza, su último refugio.

Luego se separaron.

Había sido un extraño beso, lleno de intensidad.

Y los dos supieron, con una sola mirada, que no querían hablar de eso en aquellos momentos. Que algo les preocupaba más, hasta el extremo de nublar sus pensamientos. Fue la propia Elsie la que lo concretó al musitar:

—Esa mujer ha mentido, Kerrigan.

—Eso es evidente.

—Por lo tanto, tienes que detenerla.

Kerrigan se separó un poco de la tentadora hembra. Puso un cigarrillo entre sus labios de una forma maquinal, aunque nunca se acordaba de encenderlos. Una línea de preocupación partía en dos su frente.

—No se puede detener a una mujer por una mentira —susurró—. Las mentiras que se dicen en privado van contra la moral, no contra la ley.

—Pero es evidente que su presencia aquí no tiene justificación, y que ella..., ¡ella pudo matar a la señora Manson!

—Claro —susurró Kerrigan—, pero por eso mismo sería un error detenerla.

—¿Entonces qué hay que hacer?

—Darle cuerda.

—No acabo de entenderte, Kerrigan —dijo ella con una mueca de asombro —. Tienes a la presunta sospechosa aquí, ¿y no vas a hacer nada?

—Tengo una sospechosa contra la que no hay la más mínima prueba —recapacitó él— excepto una mentira que, por sí misma, tampoco significa gran cosa. El juez se negaría incluso a reunir al jurado para una cosa así. Tendría que dejarla libre y entonces se me escaparía definitivamente de las manos.

Elsie musitó con labios temblorosos:

—Pues entonces, ¿qué piensas hacer?

—Lo que te he dicho: darle cuerda. Fingiré que he creído sus palabras a pies juntillas y la observaré. Nada de lo que haga o diga me va a pasar inadvertido. Incluso voy' a instalar un sistema de escucha en los teléfonos de Holsey Manor, por si ella llama a alguien. También situaré unos micros secretos en su habitación, para saber lo que habla con todas las personas que entren allí.

—Pero eso es ilegal, Kerrigan...

—Lo sé. Las leyes inglesas son muy severas en el respeto a la intimidad,

pero voy a vulnerarlas porque no me queda otro remedio. Si sigo los métodos clásicos, jamás averiguaré nada. Por lo tanto, déjame hacer.

Y salió de allí. La muchacha, como si estuviera hipnotizada, fue tras él. Llegaron al inmenso vestíbulo de la planta baja.

Y la vieron.

Distinguieron a Ligeia que pasaba lentamente junto a una de las ventanas, en el otro lado de la inmensa sala.

Sonó un chasquido, se oyó el golpeteo de una ráfaga de viento y la ventana se abrió bruscamente.

* * *

El hombre de Scotland Yard había llegado. Era un tipo alto, espigado, de facciones aguileñas, embutido en una gabardina color claro como las que todos los detectives de Scotland Yard parecen haber llevado desde el primer día en que el Yard se fundó. Olía a polizonte a media milla. Llevaba un ejemplar del Times doblado bajo el brazo izquierdo y a veces fingía leerlo, pero lo que en realidad hacía era observar a los demás. De tarde en tarde se ponía unas gafas uno de cuyos cristales era realmente una lupa.

Se llamaba Simmons.

Y miró con cierto asco a aquella muestra de joven policía de condado que era Kerrigan. A Simmons le inspiraban una sincera lástima los polizontes de distrito pequeño, provistos de un cerebro también pequeño y de unas ambiciones más que limitadas. Gente que nunca llegarían a nada, aunque algunos de ellos, al retirarse, ganaban las elecciones para diputados en sus distritos. Pero los electores empezaban a morirse de asco un año después.

Se presentó a Kerrigan aquella misma tarde. Haciendo una mueca, como si mirase a un bicho raro, dijo:

—Usted es el policía del pueblo.

—Bueno, algo así —murmuró Kerrigan.

—Su jefe me ha pedido que viniese aquí para sacarle del apuro. Parece que usted no ha averiguado nada. Se ha limitado a ir contando los muertos.

—Lo cual no resulta tan fácil —se defendió Kerrigan—. No todo el mundo sabe contar hasta tres.

—Olvídese de sus bromas de posada labriega. Kerrigan, y vamos a tomarnos esto en serio. En primer lugar repasemos el asunto pulgada a pulgada desde el principio, desde el mismo instante en que Elinor llegó a la casa, cuando por un instante había pasado por su imaginación la idea de que iba a morir.

Y se hizo acompañar por toda la casa, tomando medidas y observando las fotos de todo lo que se había hecho. Luego hizo que le presentaran a todos los habitantes del Holsey Manor, desde los pensionistas al ama de llaves, pasando por el risueño Jameson. Este cortaba troncos con un hacha cuando los policías llegaron.

—Hola —dijo, secándose un momento las gotas de sudor—. ¿Qué le trae por aquí, Kerrigan? ¿Y este tipo que viene con usted quién es? ¿Un espantapájaros?

—Es el inspector Simmons, de Scotland Yard. Puesto que he fracasado, él viene a dirigir el caso.

—¡Ah, vaya...! Y ha averiguado algo.

Simmons le miró significativamente, reparando ante todo en su musculatura y en la sensación de potencia que daba al sujetar el hacha.

—Sólo una cosa —dijo—, la persona que mató a la señora Manson, arrojándola por la ventana de un solo empujón, tenía que ser muy fuerte.

—¿Por ejemplo como yo?

—Sí... Por ejemplo, como usted.

Jameson rió sin una pizca de preocupación, mientras alzaba la izquierda un poco.

—Yo le diré algo más, inspector —contestó—. La persona que la envió ventana abajo sabía judo. Se lo oí comentar a Kerrigan.

—¿Y usted sabe judo?

—Sí, inspector —dijo tranquilamente Jameson.

—¿Dónde lo aprendió, si en este cochino condado no hay una sola academia donde lo enseñen?

—Lo aprendí en el ejército. Me entrenaron en una ciudad de comandos.

—¡Ah...!

Kerrigan, que no había intervenido para nada en aquel diálogo, se retiró de los labios el cigarrillo sin encender mientras musitaba:

—El hecho de que el asesino supiera judo elimina a los pensionistas, Simmons. Ninguno de ellos sería capaz de un empujón así.

—Cierto... Y todo parece señalar hacia ese hombre, hacia Jameson.

Seguía mirándole significativamente. Como si aquello no fuera con él, Jameson se puso de nuevo a cortar leña. Un solo hachazo le bastó para dividir un enorme tronco en dos.

Simmons hizo una seña a Kerrigan. Se alejaron los dos hacia la casa.

—¿Por qué no lo ha detenido ya? —Preguntó en voz baja—. ¿No se da cuenta de que es el primer sospechoso?

—¿Por qué? ¿Porque sabe judo?

—Es una buena razón, ¿no?

—Para mí es una mala razón, Simmons. No sólo él puede saberlo. Además, ¿qué móviles tendría? No gana nada con unos crímenes así. He estado repasando la ficha que Jameson tuvo primero en la escuela y luego en el ejército, y me he dado cuenta de que se trata de un hombre bastante sensible, muy fácil de convencer y que tiene escasa voluntad propia. Allí donde le dejan, se queda. Le gusta el dinero como a todo el mundo, pero tienen que venir a ponérselo en la mano, porque de lo contrario no lo busca. Su grado de inteligencia también es muy limitado, de modo que no pudo pasar del nivel de instrucción primaria, pero en cambio es el mejor cazador de la comarca.

Tiene la astucia de un animal, y se mueve entre las sombras como una serpiente.

El cuello de Simmons se tensó.

—Pues ahí lo tiene —dijo—, ¿se da cuenta?

—¿Me doy cuenta de qué?

—De que él cometió los crímenes.

Kerrigan negó con la cabeza lentamente.

—Sigue habiendo cosas que no cuadran, Simmons. Ya le he dicho que con esas muertes él no ganaba nada, pero en cambio con una de ellas perdió mucho. Me refiero a la muerte de Elinor.

—¿Por qué?

—Lo he estudiado todo punto por punto, Simmons. No crea que he perdido tanto el tiempo, pese a ser un cochino policía de condado pequeño. Aunque Jameson no descubre sus emociones y parece que siempre está jovial, la muerte de Elinor le debió afectar mucho. Estaba enamorado de ella como un perro.

El inspector del Yard tensó los puños un momento. Sus finas e inteligentes facciones parecieron afilarse. Con una mueca, susurró:

—Perfecto, es lo que me faltaba.

—¿Lo que le faltaba? ¿Qué?

—El móvil.

—¿Qué móvil, Simmons?

—Los celos.

—¿Celos?

—Ella había venido a hacer las paces con su marido, ¿no? Pues adelante. Jameson había alimentado ilusiones mientras ella estaba separada, pero al darse cuenta de que el matrimonio podía volver a marchar, le resultó imposible soportar la idea. Tuvo un mal momento y la liquidó. Eso fue todo.

Kerrigan se puso otra vez el cigarrillo en los labios, pero sin acordarse de encenderlo.

—Perfecto —gruñó—, ¿y las otras? Eran dos viejas. ¿También se había enamorado de ellas y pensaba llevarlas a la cama?

—No diga tonterías. Las dos viejas han muerto porque sabían algo. Eran unos testigos molestos y él se las cargó.

—Tampoco encaja, Simmons. Una de las dos pensionistas estaba ya muerta cuando Elinor regresó a la casa. ¿Y cómo podía saber algo del asesinato de Elinor si ésta aún no había muerto?

Parecía un argumento incontestable, pero Simmons tenía respuestas para todo. Mientras sus finas e inteligentes facciones se alargaban aún más, gruñó:

—Usted se está refiriendo a la señora Slim, la que apareció en el pajar dos días después de estar muerta. Perfecto. La autopsia no pudo determinar si la había palmado una hora antes o una hora después, ya que hasta esos extremos no se llegan a precisar nunca. La única declaración que tenemos de que ya estaba muerta cuando Elinor llegó, fue la de la propia Elinor. ¿Cómo sabe que

no mintió?

—También tenemos la declaración de John —dijo Kerrigan.

—¿La de John? ¿Es que John vio el cadáver?

—No, no lo vio.

—¡Pues entonces!...

La teoría estaba siendo montada, y Kerrigan sabía bien que esas teorías suelen ser implacables. De una forma maquinal, encendió el cigarrillo. Ahora sí que se había acordado el muy bestia, después de tragarse casi la mitad.

—Eso y el detalle de que sabe judo son cosas decisivas —murmuró Simmons—. No sé cómo decírselo, Kerrigan, pero es usted un fracasado, como todos los policías de pueblo. Si están aquí, muertos de asco, es porque no pueden ir a otro sitio. Yo no llevo ni cuatro horas en el caso y ya lo he resuelto.

Se puso también un cigarrillo en los labios y añadió:

—Voy a detener a Jameson. Algunas de las pruebas son circunstanciales, pero el hecho de que sólo él sabe judo me parece decisivo. El es el único de toda la casa que sabe una cosa así.

Y fue a volverse.

Pero en aquel momento llegaba el ama de llaves con un par de carpetas bajo el brazo, para llevárselas a Elsie. La señora Grover era ya bastante mayor y estaba muy pasada, pero había tenido bastantes cosas en su juventud. Si bien ahora rondaba los cincuenta, hasta la cuarentena debió tener fervientes admiradores entre el gremio de camioneros y trabajadores de obras públicas. Tenía unos buenos muslazos, y su trasero era de lo más considerable que se podía encontrar en Gran Bretaña. Como además lo movía acompasadamente al andar, el espectáculo era de los que hacen levantarse a los tipos duros que hay en las tabernas.

Claro que bastaba mirarla para saber que ella estaba avergonzada de aquello, que sentía aversión a sus encantos y a todas las pasiones de sábado por la noche que despertaba en los hombres. Pero ¿quién es responsable del tamaño de sus nalgas? No podía cortarse un pedazo de cada una. Lo que resultaba evidente era que no había permitido que nadie pusiera en ellas sus pecadoras manos. Nunca jamás. Y había personas que aún parecían pensar que eso era una lástima.

Por ejemplo, parecía pensarlo el propio Kerrigan.

Había bastantes cosas que la gente no sabía de Kerrigan, pero el inspector estaba demostrando ser un cachondote. Sin que nadie pudiera preverlo, dirigió sus cinco dedos pecadores al centro exacto de las poderosas nalgas de la señora Grover.

Ella lanzó un gritito.

Se puso amarilla.

Roja.

Verde.

De pronto se volvió y sujetó rabiosamente la muñeca de Kerrigan, cuya

mano aún parecía querer acariciar aquellos abismos pecadores donde uno encontraba carne y carne.

Tiró de aquella muñeca.

Fue una llave perfecta.

Ni un judoka profesional lo hacía mejor, ¡qué diablos!

Kerrigan, a pesar de su corpulencia, voló materialmente al otro lado del parterre de flores. Menos mal que supo caer, porque de lo contrario se fractura el espinazo. Acabó sentado entre una hilera de rododendros, mientras gruñía:

—¡Diablos!

Simmons también estaba amarillo.

Rojo.

Verde.

Y Kerrigan dijo desde el suelo, mientras se pasaba una mano por la cabeza:

—Oiga, fenómeno de Scotland Yard: ¿no será que alguien más sabe judo en esta casa?...

CAPITULO IX

En realidad Simmons no supo nunca si Kerrigan había hecho todo aquello porque de verdad aún le gustaban las viejas nalgas de la señora Grover o porque quería demostrarle con hechos que otras personas también conocían los métodos de la lucha, en Holsey Manor. Lo cierto fue que, a partir de aquel momento, ya no se atrevió a detener a Jameson. Claro que podía detener también a la señora Grover, pero eso era demasiado incluso para un brillante policía del Yard. El modesto juez del condado le hubiese enviado al cuerno.

Otro hecho le obligó también, por otra parte, a dejar de pensar en las detenciones. El forense de la circunscripción llegó entonces, trayendo en una mano un cesto de fruta recién recogida y en la otra un paquete que contenía unas vísceras humanas. Tendió ambas cosas a Kerrigan mientras invitaba:

—¿Quiere?

Kerrigan gruñó:

—¿Pero qué diablos es eso?

—Fruta de Holsey Manor. Hay unos excelentes campos de cultivo ahí abajo, por si no lo sabía.

—Me refiero a lo otro.

—¡Ah...! Son vísceras de la señora Manson. Concretamente, hígado y sesos. Una excelente combinación para un cocinero hábil, si no hubieran sido arrancadas a una vieja.

—¿Es que ya ha hecho la autopsia? —musitó Kerrigan.

—Sí, y con un resultado sorprendente.

—¿Qué resultado sorprendente?

—A la señora Manson también le pasaba algo semejante a lo de la señora Slim: sufría una enfermedad incurable. Padecía una inflamación de hígado muy notable, pero eso era lo de menos porque podía curarlo con reposo. La vida calmosa de aquí era la mejor medicina. En cambio lo de su cerebro sí que no tenía solución.

—¿Qué pasaba con su cerebro? —preguntó Kerrigan, estremeciéndose.

—Un tumor. Era ya del tamaño de una avellana, pero hubiese crecido rápidamente en pocos meses. Debía empezar a producirle unos dolores muy notables, aunque aquí nadie había notado nada. En cuanto a mi diagnóstico, por el sitio en que estaba colocado, es de lo más pesimista: no hubieran podido extirparlo con ninguna clase de intervención quirúrgica.

Kerrigan cerró un momento los ojos.

Sí, era extraño.

Claro que en dos personas de cierta edad es fácil hallar dos dolencias muy graves, pero no dejaba de parecer sorprendente. Abrió luego los ojos y miró a Simmons, que tenía los párpados pensativamente entornados.

—Vi también la autopsia de la señora Slim —dijo el hombre del Yard—. No deja de ser un detalle que llama la atención, pero no veo qué relación

puede tener eso con los malditos crímenes.

—Seguramente ninguna —dijo Kerrigan—. Si a muchas personas de edad las examinaran a fondo, encontrarían en ellas dolencias que les han de llevar a la tumba, pero que ni ellas mismas conocen.

—Perfecto... Por una vez comparto su opinión, de modo que vamos a olvidarnos de eso. En cambio no estaría de más que concretáramos un poco y nos diéramos cuenta de que tenemos tres sospechosos.

—¿Qué tres sospechosos?

—Muy sencillo: .en primer lugar Jameson y la señora Grover, porque saben judo. ¿Móvil? Podían odiar a esos viejos que les dan tanto trabajo y que no les sirven de nada.

—Pero Jameson parece siempre muy alegre —murmuró Kerrigan—. Además, si no le gustara este sitio podría irse a otro, porque en Gran Bretaña y en todos los países occidentales no hay empleos para los médicos, los abogados o los ingenieros, pero en cambio hay empleos a montañas para los tipos que saben mover sus manos. En cuanto a la señora Grover, he observado que todos son muy respetuosos con ella. Se trata de unos viejos educadísimos y que es imposible que molesten a nadie.

—Sin embargo, ese es un factor a considerar —gruñó Simmons arrugando la nariz—. El otro sospechoso es John.

—¿Por qué?

—Todo marido separado de su mujer es sospechoso si la mujer revienta. El podía querer casarse con otra, vaya usted a saber. O quizá era ella la que quería casarse con otro manso. Puede que incluso no llegaran a disputar aquí, puesto que la disputa ya venía de lejos. Y John llegó con el firme propósito, con un propósito frío y deliberado de cargarse a su mujer. Y lo hizo.

Kerrigan negó un momento con la cabeza.

Mientras sacaba un cigarrillo y lo volvía a poner en el paquete —esta vez ni siquiera se lo llevó a los labios—, susurró:

—He estado averiguando cosas sobre los dos, Simmons. Elinor era una mujer celosa, pero por eso mismo no estaba liada con ningún otro hombre. En cuanto a John, tampoco tenía líos con ninguna mujer. Como habrá visto, es un tipo muy guapo y casi femenino, uno de esos tipos a quienes las mujeres sensibles gustan meter en su cama para acariciarles el pelo. Supongo que hubo algunas que le persiguieron, pero él no parecía hacerles demasiado caso. Sólo hubo una que en cierto modo pudo tener más éxito que las otras.

—¿A qué se refiere?

Kerrigan guardó su paquete de cigarrillos, fue hacia la mesa donde tenía una cartera de mano bastante tronada y la abrió. De ella extrajo una serie de recortes de revistas que fue mostrando a Simmons.

—Yo soy un burro policía de provincias, pero tampoco he perdido el tiempo del todo —dijo—. He estado revisando docenas y docenas de revistas de sociedad, para controlar los ambientes en que se movía John. Por ejemplo, aquí tiene: las carreras de caballos de Ascott. Como ya estaba separado de su

mujer, John acudió solo. Le fotografiaron. Sin embargo, una mujer le acompañaba, porque este detalle lo revela. Mírelo. A un lado de la foto, esta mano femenina le toma por un brazo. Es una mano femenina de la que sólo se distingue un poco de la bocamanga. ¿Lo ve? Esa bocamanga lleva un pequeño adorno de piel. Por lo tanto, nada más sabemos de esa dama.

Extrajo otra fotografía. Era la final de la copa inglesa. Aquí se veía a John con casi todo el brazo de la mujer que le acompañaba. El abrigo era el mismo.

—Estas son las únicas que me han revelado algo —explicó Kerrigan—, porque en las demás siempre John aparece rigurosamente solo. Tengo una prueba, pues, de que él fue a dos actos sociales bastante importantes en compañía de una mujer, pero no tengo la menor idea de quién puede ser ella. Por supuesto, parecía haber entre los dos bastante confianza, ya que ella le tomaba por el brazo, lo cual deja entrever una relación sentimental. Por ahí podría averiguarse algo, pero no tengo ni idea de quién puede ser esa dama.

Simmons le miró con suspicacia.

—Porque imagino que no ha profundizado —dijo—. A todos los policías de pueblo les pasa igual; no terminan las cosas que empiezan.

—¿Y cómo podía profundizar? —musitó Kerrigan.

—En primer lugar, preguntando por sorpresa a John. El habría dicho algo si usted hubiese sabido acorralarle.

—Lo he intentado —dijo Kerrigan—, pero no suelta prenda. No olvida que es un hombre casado, o que lo era en el momento de tomarse las fotos, y que por lo tanto no debía dejarse acompañar por ninguna otra mujer. Quizá las dependientas de las cafeterías de Piccadilly se acuesten con la gente, pero las familias inglesas de una cierta tradición todavía son respetuosas con las formas. John me pidió que no le preguntara nada más sobre esa mujer, y a mí no me ha quedado más remedio que hacerle caso. Podría someterle a tortura para que hablara, pero la tortura no existe en Gran Bretaña, que yo sepa.

Simmons arrugó el ceño.

—A veces debería existir —gruñó.

—Bueno, eso me ha hecho pensar dos cosas —murmuró Kerrigan—. La primera, que esa mujer debe ser casada, y de ahí vendría el interés de John en no comprometerla. La segunda, que se trata de una mujer que no tiene demasiado dinero. Por lo que se aprecia en las fotos, el abrigo es bueno, pero se trata de la misma pieza en dos sitios distintos. Eso quiere decir que apenas tiene para variar.

—¡Hum...! Ustedes, a veces, entre los pajares y los caballos de labranza, aún piensan —dijo Simmons en plan elogioso—. Con franqueza, no esperaba tanto. Pero supongo que habrá millones de mujeres en Gran Bretaña que estarán casadas y tendrán pocos abrigos para cambiarse, ¿no es eso?

—Claro, inspector. De lo contrario ya hubiese dado con ella.

—Y en cambio no habrá hecho lo más importante.

—¿Qué es lo más importante, Simmons?

—Ver los originales de las fotos en el archivo de la revista donde se

publicaron. Muchas veces las cortan con lápiz rojo, marcándolas por detrás para que se sepa el sitio que hay que grabar, pero el resto de la foto queda intacto. Quiero decir que esa mujer pudo ser reproducida de cuerpo entero, y en cambio en la revista aprovechar sólo la mitad de la foto, o sea aquella en que aparece John. Mediante un trámite muy sencillo podía haber averiguado quién es, pero supongo que no se le habrá ocurrido.

—Se me ha ocurrido —dijo Kerrigan con paciencia—, aunque no tan velozmente como usted. Yo necesité tumbarme en muchos pajares y darle muchas vueltas a la cabeza para llegar a esa conclusión. El caso fue que pedí una reproducción de los originales y no saqué nada en claro. En una de las fotos se ve parte del pecho de la mujer, que por cierto resulta bastante respetable, pero nada más. Ésa dama sigue siendo la perfecta desconocida.

—Hay otro sistema —dijo Simmons, haciendo una mueca entre inteligente y siniestra con la boca.

—¿Cuál?

—Buscar al fotógrafo que hizo esas fotos. Bueno, a los dos fotógrafos. Quizá ellos recuerden a la mujer que iba con John, sobre todo si era guapa.

—También lo he intentado.

—Vaya...¡qué inteligente es usted!

—Los fotógrafos, con los que he hablado por teléfono dos veces, sacan tantas instantáneas en reuniones de esa clase que no pueden acordarse apenas de nada, pero sin embargo, los dos han convenido en que se trataba de una mujer muy guapa, una mujer de primera clase. Pero no tienen ni idea de quién podía ser.

—¿Le han hecho un retrato-robot?

—No. Es imposible. No se acuerdan hasta tal extremo, sobre todo teniendo en cuenta que ya son fotos un poco antiguas.

—¡Pues hay que averiguar algo! —Mascullo Simmons—. ¡La cosa está clarísima! ¡Ahí tenemos el camino!

Kerrigan movió un poco la cabeza, sombríamente.

—He tratado de seguir por él, Simmons —murmuró.

—¿Y qué?

—Ese camino no lleva a ninguna parte.

—¿Por qué razón?

—Un fotógrafo me dijo una cosa sorprendente.

—¿Qué le dijo?

Que tenía la sensación de que era la propia Elinor, la esposa de John, la que le acompañaba.

Simmons palideció un momento mientras acentuaba la mueca de sus labios. Luego susurró:

—Lo cual indica que quizá partimos de una base falsa. Quizá John no estaba tan separado de su mujer como decía

Kerrigan cerró un momento los ojos.

—Quizá no —dijo—. Y eso lo cambiaría todo.

Se alejó de allí, puesto que malditas las ganas que tenía de seguir hablando con Simmons. Además, le quedaba otra cosa mucho más importante por hacer.

Fue a la casa donde vivía, el apacible hogar de la señora Benton donde le habían alquilado un par de habitaciones y un estudio. La luz tamizada del campo inglés entraba por las ventanas de cristales emplomados, lo acariciaba todo y daba un toque de distinción a las estanterías y a los lomos de los libros. Pero sobre todo acariciaba las piernas suculentas de la mujer que estaba en la cama, esperando. Acariciaba su boca ancha y sonriente, hecha para besar. Acariciaba sus ojos quietos y profundos.

—Hola —dijo ella—. Esta vez tenía ganas, Kerrigan.

—Mejor, tigresa.

—¿Por qué me llamas siempre tigresa, Kerrigan?

—Quizá porque lo eres. Por tu elasticidad, tu gracia, tu modo de acariciar, tu forma de mirar... Sí, eres una tigresa.

Y la besó ansiosamente.

Había que ver cómo besaba aquel maldito.

Y cómo metía mano.

Sabía hacer muchas cosas más, aparte de escandalizar a la señora Grover. Claro que la «tigresa» también se las sabía.

Pronto no se oyó más que el chasquido de sus besos.

Fue una sesión de pánico.

La verdad fue que lo que se dice investigar, investigar, Kerrigan no estaba haciendo gran cosa.

CAPITULO X

La mujer entró lentamente en la habitación. Su figura era espléndida y casi maciza, pues se trataba de una de esas mujeres que despiertan en seguida el interés de los hombres. Pero, sin embargo, daba una extraña sensación de irrealidad, de cosa vaporosa, como si no fuera alguien que existiese, sino el fantasma de alguien que había existido.

Elsie la vio llegar.

Se estremeció.

No sabía bien por qué, pero aquella mujer le producía una oscura sensación de miedo.

—Buenas noches, Elsie —dijo Ligeia mientras se acercaba lentamente a la butaca donde ella estaba sentada—. He venido a decirle que ya tengo gran parte de la casa examinada. Hoy he estado trabajando durante todo el día.

Elsie apretó los labios, mientras el corazón le latía sordamente. Ahora sabía, gracias a su conversación con Kerrigan, que aquella mujer era una farsante y que estaba haciendo (o fingiendo hacer) un presupuesto que no le había encargado nadie. Ahora sabía además que, al llegar allí, dio el nombre de una compañía comercial que no existía, lo cual era poner falsedad sobre falsedad. Y todo eso le hubiera gustado lanzárselo a la cara con un salivazo.

Pero aún no podía.

Kerrigan lo había dicho bien claramente: «Vamos a darle cuerda.» Y, por lo tanto, ella tenía que fingir, disimular. Dar la sensación de que no sabía nada.

—Ha debido pasar mucho tiempo en los sótanos

—dijo—. Revisar las viejas cimentaciones no debe ser nada fácil.

—No, no lo es, efectivamente —dijo Ligeia con una sonrisa, mientras se acercaba a la ventana.

Elsie le miró.

Pocos minutos antes, había cerrado aquella ventana ella misma.

Estaba muy bien asegurada.

No podía abrirse sola.

—¿Va a tardar muchos días más? —preguntó, sintiendo que le recorría un estremecimiento de algo parecido al miedo.

—Una semana como máximo.

—¿Y si luego no aceptamos el presupuesto? La compañía para la que usted trabaja habrá perdido el trabajo y el tiempo.

—Ése es un riesgo que hay que correr —murmuró Ligeia.

Y fue a tomar un cigarrillo de una hermosa caja lacada que había sobre una de las mesas.

Pero de pronto ocurrió algo.

La ventana se abrió de golpe.

Una racha de viento casi huracanado entró en la habitación.

Las cortinas se movieron.
Hasta los muebles parecieron temblar.
Y eso era del todo inexplicable, del todo fantasmal, del todo inaudito. Porque fuera de Holsey Manor..., ¡no hacía viento!
¡Porque la calma en la noche era absoluta!
¡Porque aquel viento sólo se había producido allí! ¡Allí!
Elsie lanzó un gemido de miedo.
Sus ojos se desencajaron.
Las manos arañaron con ansia, con furia y con horror la piel de la butaca en que estaba sentada.
Pero Ligeia no pareció inmutarse en absoluto. Solamente dijo con una expresión perfectamente glacial:
—¡Qué raro! La ventana sé ha abierto. La cerraré.
Y fue hacia ella. La encajó bien. Pero cuando había terminado e iba a volverse, se encontró de pronto con las manos de Elsie.
Con su expresión de horror.
Con su grito de muerte.
Elsie la golpeó con rabia. La hizo caer. Le propinó dos puntapiés en las caderas mientras barbotaba:
—¡Bruja condenada! ¡Sucia hija de perra! ¡En otro tiempo hubieses ido a la hoguera, maldita! ¡A la hoguera!
Y la volvió a golpear. Ligeia parecía tan sorprendida como aterrada, porque no acertaba a reaccionar ante aquel ataque. Con los ojos muy abiertos miró a Elsie, que estaba con los puños apretados y dispuesta a golpearla otra vez. Elsie repitió con las facciones desencajadas por el ansia y el miedo:
—¡A la hoguera!
Y le dio otro puntapié, ahora en el estómago. Ligeia se tuvo que volver de espaldas y escupió una especie de espuma roja. Todo su cuerpo sufrió una convulsión. Elsie iba a atacarla otra vez cuando dos personas entraron en la sala de golpe, atraídas por el ruido.
Eran Kerrigan y el médico forense del condado. Fue Kerrigan el que detuvo materialmente la pierna de Elsie cuando ya estaba en el aire, evitando el puntapié que hubiese dado de lleno en el vientre de Ligeia.
Barbotó:
—¡Quieta! ¿Pero qué infiernos pasa?
Elsie se derrumbó. De pronto la fuerza que la había dominado hasta entonces pareció abandonarla. Cayó sobre una butaca, mientras barbotaba:
—¡Es una bruja! ¡Una condenada bruja! ¡Y el alma de mi hermana Elinor se ha reencarnado en ella!
El forense la miró con asombro, como si estuviera oyendo hablar en chino. En cuanto a Kerrigan permaneció impasible, quizá porque era él el único que había entendido el significado de aquellas palabras. Sujetó a Elsie y la retuvo en la butaca hasta que quedó completamente quieta. Los ojos de la heredera de Holsey Manor se fueron cerrando poco a poco, pero aún la dominaban

cortos estremecimientos de miedo.

Mientras tanto, el forense había colocado a Ligeia sobre la alfombra y la examinaba meticulosamente. Los golpes no parecían graves, pero ella aún seguía escupiendo aquella espuma rojiza.

Kerrigan musitó, mirando fijamente a Elsie:

—Vamos a ver... Trata de calmarte... Por favor, trata de calmarte. ¿Qué es lo que ocurre con Ligeia?

—La ventana se... se ha abierto.

—¿Y qué?

—Siempre ocurre eso con ella.

—Bueno, no hay que darle tanta importancia. Pueden ser simples casualidades.

—También era casualidad con mi hermana Elinor.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos de Elsie estaban desencajados cuando se posaron en los del policía. Y siguieron estando desencajados mientras hablaba, como si dijese la cosa más horrible y al mismo tiempo más elemental del mundo.

—¿Es que no te das cuenta? —bisbiseó—. ¡A ELINOR TAMBIEN LE SUCEDIA!

—¿Y qué?

—¡ELLA ES ELINOR!

Las últimas palabras fueron lanzadas como un grito, como una maldición, como una exclamación agónica. La cabeza de Elsie fue de un lado a otro, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de nervios. Tardó casi un largo minuto en calmarse, mientras Kerrigan la sujetaba férreamente.

Al fin musitó, mirando a la muchacha con la misma hipnótica fijeza:

—¿Te das cuenta de que has dicho una tontería, Elsie? Esta mujer no es Elinor. He hecho algunas investigaciones y he visto los datos de su nacimiento. Elinor había nacido aquí, mientras que Ligeia vio la primera luz en Coventry. Ligeia tiene padres, tiene familia, tiene un documento de identidad y tiene una profesión. Nada hay en común entre ella y Elinor. Ni siquiera se parecen, ni siquiera tienen los mismos gustos, ni siquiera les han ocurrido nunca cosas semejantes, a no ser esa tontería de las ventanas. Por lo tanto debes olvidar la tontería que has pensado, ¿comprendes? ¡Debes olvidarla completamente!

Elsie estaba aturdida y volvía a mover la cabeza de un lado a otro, como si el miedo la siguiera dominando. Mientras sus dedos arañaban los brazos de la butaca, susurró:

—No, ya sé que no puede ser ella.

—¡Pues entonces!

—Pero Elinor era un poco bruja. Elinor creía en la reencarnación. Creía que una persona muere y vuelve a nacer de nuevo.

—Cada uno es libre de creer lo que le parezca —dijo suavemente Kerrigan.

—Pero ella había hecho de eso una especie de filosofía de su vida.

—¿Y qué?

—Ella sabía que volvería a nacer.

—Pero no ha vuelto a nacer, Elsie. Tienes que meterte esto en la cabeza. ¡NO HA VUELTO A NACER!

Y si volviera a nacer, supongo que eso sería una alegría para ti.

Ella le volvió a mirar con los ojos desencajados.

—Kerrigan —musitó—, ¿tú has tenido algún gran amigo que haya muerto?

—Sí... Uno.

—¿Te alegraría que volviese a nacer?

—Bueno, pues... ¡pues claro!

—¿Y qué sentirías, si te dijesen que vas a volver a verlo al atravesar esa puerta?

Kerrigan se mordió el labio inferior.

—Sentiría miedo —confesó.

—Pues eso es lo que yo siento, ¿entiendes? ¡Miedo! ¡Nada más que miedo! ¡Uno ya no siente alegría ni pena cuando se enfrenta a algo que le vuelve loca! ¡Y yo no pienso en la nueva vida de Elinor, sino en el horror que todo eso representa!

Kerrigan movió la cabeza lentamente, haciendo un gesto afirmativo. Parecía haberse dado cuenta de lo que todo aquello significaba. Una palidez repentina, casi cerúlea, cubrió su rostro.

—Elinor volverá a nacer —insistió Elsie como en un soplo.

Y Kerrigan preguntó con una voz que no parecía la de él mismo:

—Volverá a nacer, ¿de qué modo?

—Por medio de esa mujer.

—No digas tonterías, Elsie.

—Estoy segura de que ella... ¡Ya lleva a Elinor dentro!

También aquellas últimas palabras habían sido lanzadas como un grito, como una maldición. Las manos de Kerrigan temblaron. Soltó a Elsie y miró en torno suyo como si estuviese mareado, como si de pronto toda aquella luz concentrada que flotaba en la habitación penetrase en su cerebro como un veneno. Miró a Ligeia, que seguía tendida en la alfombra y ya no escupía aquella especie de espuma roja, pero todavía respiraba con dificultad. El forense la había auscultado y le mantenía la cabeza alta.

Sólo entonces pareció darse cuenta el inspector de que aquella otra mujer estaba allí. La miró con cierta sorpresa, porque su aspecto era bastante malo. Advirtió que también Elsie la miraba con la misma sorpresa.

—¿Pero qué le pasa?

—Muy sencillo: le has dado unos cuantos golpes, Elsie.

—Pero no han sido fuertes.

—Al parecer, sí.

—¡De verdad! ¡No han sido tan fuertes como para ponerla así! ¡Le he dado en la cara y en las caderas, pero de eso no se muere nadie!

—Normalmente no —susurró el forense.

—¿Qué quiere decir eso de normalmente no?

—Que si Ligeia estuviera en condiciones normales no le habría pasado gran cosa. Pero, teniendo en cuenta su situación, ha sufrido un shock del que supongo que se irá reponiendo sin que queden huellas.

Elsie casi se había incorporado en la butaca, con todo el cuerpo tenso. Mirando a la caída con ojos desencajados, gritó:

—¿Pero qué es eso? ¿Qué infiernos le pasa? ¿Qué ha querido decir con lo de «teniendo en cuenta su situación?»

El forense alzó la cabeza para mirarla. Sus ojos se hicieron pequeños, penetrantes y duros. Sin despegar apenas los labios, musitó:

—Más vale que lo sepa de una vez, Elsie. Acabo de comprobarlo al auscultarla. Esta mujer está embarazada...

CAPITULO XI

Una losa mortuoria cayendo sobre la habitación no hubiera producido aquel silencio. Un cadáver pasando de un lado a otro no hubiera ocasionado aquellas miradas de horror que vagaban por encima de los muebles.

Era como si el tiempo hubiera dejado de existir, como si las manecillas de los relojes se hubiesen puesto a girar en otro sentido.

Elsie fue la primera en hablar.

Miraba aterrada en torno suyo cuando balbució:

—No es posible...

—Lo es —dijo el forense—. Claro que hay un margen de error, porque el feto es aún pequeñísimo, pero yo diría que no me equivoco.

—¿Cuánto hace que pue... puede estar embarazada? —gimió Elsie.

—Pongamos que unas siete semanas.

Fue lo único que le faltaba a Elsie para quedar aterrada y hundida del todo. De pronto lanzó un espantoso aullido. Saltó hacia la puerta.

—¡Hace siete semanas que Elinor está muerta! —gritó.

Y hubiera chocado contra una pared de no haberla detenido Kerrigan en el aire. Sus férreos brazos la inmovilizaron. De una forma maquinal la apretó contra su pecho.

—Elsie, por favor... —pidió.

—¡Déjame! ¡Necesito irme de Holsey Manor! ¡Deja que me vaya! ¡APARTA DE AQUI!

Quizá a otro hombre menos fuerte que Kerrigan le hubiera vencido, pero con Kerrigan no le fue posible. La muchacha forcejeó. Y de pronto cayó inerte en los brazos del policía, como si sufriera un shock.

Kerrigan le alzó la barbilla.

—Anímate, Elsie... —pidió—. No pasa nada. Anímate.

Y quizá ella se hubiera animado.

Pero no pudo.

Porque de repente sonó aquel otro alarido en la casa.

Porque Holsey Manor se llenó con aquel grito de muerte.

* * *

Todos se miraron como si no acabaran de comprender lo que sucedía. Después de aquel grito, el silencio más espantoso se había adueñado de la biblioteca. Y el silencio imperaba también en toda la casa, como si ésta fuera una bestia al acecho.

El forense balbució:

—¿Qué ha sido eso?

Elsie era la que mejor conocía aquello. Musitó:

—Por la dirección del grito, ha tenido que ser en el garaje. Está a la

izquierda, saliendo de aquí.
—Vamos —dijo Kerrigan.
Ligeia fue la única que se quedó allí, sentada en una de las butacas, pero los demás salieron de estampida. Hasta Elsie parecía haber recuperado toda su fuerza. Corrieron hacia el garaje y vieron la luz encendida, pero no era solamente eso. Allí, junto a uno de los coches, con las manos tendidas hacia la pared y con los dedos y la cara casi negros, se encontraba el más joven de los pensionistas de Holsey Manor. Era Batterfield.
Elsie fue a tocarlo, pero Kerrigan la frenó de un golpe.
—¡Cuidado! —gritó.
—¿Qué pasa?
—Ha muerto electrocutado. El cable puede estar todavía conectado a su cuerpo y en ese caso se transmitiría la descarga.
Todos miraron aquello como si fuese una alucinación. El propio forense parecía a punto de perder el control de sus nervios. Kerrigan miró en tomo suyo, vio un destornillador de mecánico con mango aislante, de los que se iluminan si hay electricidad, y conectó la punta al cuerpo de Batterfield, sin que el mango se iluminara. Eso indicaba que no había electricidad ya y que ésta había pasado enteramente al suelo.
Entonces Kerrigan retiró un poco el cadáver y vio cuál era la razón de la descarga. Las manos casi se tendían hacia una caja de herramientas que era enteramente metálica, y sobre la que se reflejaba muy poca luz. Podía apostarse doble contra sencillo a que dos cables de alta tensión estaban conectados por detrás a aquella caja, de forma que se recibiese la descarga con sólo tocarla.
Kerrigan murmuró:
—¿Dónde están los conmutadores generales, Elsie?
—Junto a la puerta principal.
—Pues ve y desconéctalos. La casa quedará sin luz, pero eso importa poco. Permanece así un minuto exacto y vuelve a conectarlos.
—Bien.
Ella desapareció, y al cabo de un instante quedaron completamente a oscuras. Kerrigan extrajo una pequeña linterna parecida a un bolígrafo y lo alumbró todo. Sabía que disponía de un minuto, de modo que revisó la caja con cierta calma. No tardó en descubrir los dos cables, que apartó cuidadosamente, separándolos. Puso encima de cada extremo unos pedazos de madera, para que no se unieran, a reserva de que luego un electricista hiciese el arreglo definitivo.
La luz se encendió de nuevo entonces.
Y se oyó un gruñido.
Todos volvieron la cabeza.
En la puerta del garaje estaba Simmons, de Scotland Yard. Llevaba las gafas rotas, el traje hecho polvo y se sujetaba una pierna que le había quedado tiesa.

Kerrigan murmuró:
—¿Pero qué le pasa al fenómeno del Yard? ¿Ha sufrido un accidente?
—¡Malditos sean ustedes con sus sucias bromitas de pueblo, Kerrigan!
—¿Qué ocurre con las bromitas?
—¿A quién se le ocurre apagar la luz cuando me dirijo al lavabo?
—¿Es que no puede ir a oscuras?
—Me he equivocado de puerta, maldita sea.
—¿Y qué?
—Estaba la señora Grover, la que sabe judo.
—¿Y qué es lo que la señora Grover ha pensado?
—Que iba a violarla.
—Pues a lo mejor le habrá hecho ilusión, Simmons.
—¡Narices! ¿Ilusión a ésa? Me ha atizado una llave que un poco más y quedo capado. Pero a todo esto, ¿qué infiernos ha ocurrido aquí?
—Otro asesinato, Simmons.
—¿Otro qué?...
—Ya lo ve: otro crimen. Y esta vez se trata de un hombre joven, que hubiera podido defenderse. Lo han electrocutado sin que se diera cuenta.
Simmons miró aquello con creciente asombro, pero al fin se dio cuenta de la situación. Mientras palidecía murmuró como si aquella pregunta pudiera tener respuesta:
—¿Quién ha sido?
—Eso lo debe saber usted, Simmons, que lo sabe todo.
—¡Maldita sea, Kerrigan! ¡Se están cometiendo crímenes delante de sus propias narices y usted no dice nada! ¡Lo único que hace es apagar las luces y perderme delante de la señora Grover!
—Creí que usted también estaba en la casa, Simmons. Por consiguiente también tenía las narices aquí.
—Pero yo aún no he empezado las investigaciones en serio, Kerrigan. Y entérese bien de esto: cuando las empiece..., ¡me van a oír! ¡Digo que me van a oír!
Kerrigan no pareció demasiado dispuesto a oírle, porque murmuró:
—Va a hacerme un favor, Simmons.
—¿Un favor?
—Sí. Hay que ir eliminando sospechosos, demostrando que ellos no han podido cometer este crimen.
—¿Y cómo piensa conseguirlo?
—Por ejemplo, eliminando a Elsie y a Ligeia. Elsie y Ligeia estaban conmigo cuando sonó ese grito de modo que son inocentes.
—Bueno, ya es algo.
—Tiene que saber dónde estaban los restantes pensionistas, además del ama de llaves y de Jameson.
—El ama de llaves estaba en... en...
—Sí, ya me lo ha dicho. Eso la elimina igualmente, al menos de momento.

Pero reúna a los otros e interróguelos en caliente, para que no tengan tiempo de buscar ninguna coartada.

—De acuerdo —dijo Simmons, mostrándose razonable.

Y desapareció. Kerrigan miró entonces a Elsie.

—¡El teléfono más próximo? —pidió.

—Ahí mismo, junto a la puerta hay uno.

—Gracias.

Kerrigan lo descolgó y marcó un número de Londres. Le respondió una voz ligeramente aburrida:

—Diga, ¿quién llama?

Era la voz de John.

Kerrigan dijo lentamente:

—Nada. Perdone. Me he equivocado de número.

Y colgó.

—John está en Londres —dijo quedamente—. Es lo único que quería saber. Eso también lo elimina.

Hizo una mueca y contempló el cadáver. Sus ojos se habían empequeñecido. Mientras sacaba y metía un cigarrillo en el paquete, musitó:

—No hay duda de que Batterfield iba a abrir la caja de herramientas para sacar alguna pieza. Supongo que quería reparar alguna cosa. Pero alguien sabía que él iba a venir aquí y conectó los cables a la caja.

—¿Quién? —preguntó Elsie con un hilo de voz.

—¿Y cómo voy a saberlo? Alguien que conocía sus costumbres, desde luego. ¿Era Batterfield aficionado a la mecánica? ¿Lo sabes, Elsie?

—Desde luego que lo era. Solía pasarse horas repasando uno de los coches, un viejo «Bugatti» que está ahí. Decía que podía convertirlo en una pieza maestra.

—¿Siempre lo hacía a la misma hora?

—Más o menos, sí.

—¿Y siempre empleaba esa caja?

—Desde luego; era la suya.

Kerrigan contempló el viejo «Bugatti» situado a un lado del amplio garaje. Era una pieza de museo, pero que conservaba todo su orgullo y todo su encanto. El «Bugatti» descapotable había sido el coche de la *dolce vita* de toda una época de gente despreocupada, entre los años 25 y 35. No era extraño que Batterfield, aficionado a la mecánica, hubiese querido reparar uno de ellos para devolverle toda su prestancia.

Pero lo que más importaba a Kerrigan era esto: el que conocía las costumbres de Batterfield sabía perfectamente a qué hora iba a poder matarlo. Estaba convencido de que sólo él tocaría aquella caja de herramientas, de modo que conectó los cables a la parte trasera de ésta, para que no se viesen. Cuando Batterfield puso las manos sobre el metal, no tuvo tiempo de enterarse de nada. Debió subir al cielo en un soplo, entre una música de salmos.

Eso hacía que sólo un personaje quedara libre de sospecha: John, que estaba en Londres. Los demás, a pesar de lo que había dicho antes de Elsie y de Ligeia, así como de la señora Grover, podían ser culpables. La propia Elsie, por ejemplo, podía haber conectado los cables media hora antes de ir a reunirse con él.

Y así podía estar al lado del policía cuando sonase el grito de muerte.

Sí; todo era posible.

Sin embargo, una pregunta seguía flotando en su cerebro, torturándole como los pinchazos de una docena de alfileres: ¿por qué todo aquello? ¿Quién podía tener interés en asesinar a un joven como Batterfield, tímido y humilde, un joven que no tenía enemigos ni hacía daño a nadie?

Elsie había palidecido, como si adivinara sus pensamientos.

Le miraba intensamente.

De pronto echaron los dos a andar, sin darse cuenta, saliendo del garaje. Con la mirada perdida, con las manos a la espalda, parecían no darse cuenta de la atmósfera de horror que les envolvía. Sin embargo, fue Elsie la que dijo al cabo de unos instantes, con un estremecimiento:

—Tengo miedo...

Kerrigan volvió la cabeza.

—¿Por qué? —susurró.

—¿Y lo preguntas? Por lo de Ligeia... Tú estabas delante.

—Me parece una tontería, Elsie.

—¿Una tontería? ¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué he de darme cuenta?

Kerrigan intentaba minimizar la cuestión con sus palabras, pero sabía perfectamente de qué le estaba hablando la hermosa mujer. No le sorprendió ver que ella se detenía y que clavaba en los suyos unos ojos ansiosos, casi desencajados, unos ojos donde era verdad que palpitaba un solo sentimiento: el miedo.

—Elinor no ha muerto —susurró la muchacha.

—¿Qué tontería dices? Tú sabes perfectamente que murió. Fue asesinada. Se cumplieron todos los trámites legales y su cuerpo reposa en un tranquilo cementerio muy cercano a Holsey Manor. Si no fuera terriblemente desagradable, podría pedir, incluso, que se hiciera la exhumación del cadáver para que tú lo vieses. ¿Por qué infiernos dudas de que esté muerta? Desgraciadamente lo está; eso es todo.

Elsie movió la cabeza pesarosamente, con un gesto negativo.

—No me has entendido, Kerrigan. Lo que trato de decirte es que ella creía en la reencarnación, en la transmigración de las almas y todas esas cosas. Era un poco bruja. Para ella podían ser posible cosas que para los demás resultarían imposibles.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ella VA A VOLVER A NACER.

Aquellas palabras fueron un gemido, casi un grito. Elsie se tambaleó y

Kerrigan tuvo que sujetarla. Notó su cuerpo tenso, duro, rozándole de tal modo que un suave calor llegó hasta el fondo de su sangre.

—Va a volver a nacer... —dijo de nuevo Elsie, con un susurro—. Está ahí, en el vientre de esa otra bruja...

—¿Estás hablando de Ligeia?

—¿De quién entonces?

La voz de Elsie era dramática. Kerrigan la zarandeó sin darse cuenta.

—Te has vuelto loca —barbotó—. ¡Loca de remate! ¡Esa chica espera un hijo como puede esperarlo cualquier mujer! Un hijo que será como todo el mundo...

—Una hija —rectificó Elsie.

—Bueno, claro... Puede ser una hija. Supongo que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que ocurra así.

—Claro que ocurrirá... —dijo Elsie con la mirada perdida, mientras su voz adquiría a intervalos tonalidades que no parecían humanas—, ¿no te has dado cuenta? Será una hija. ¡La propia Elinor que habrá vuelto a nacer! De hecho es como si hubiera nacido ya. El cuerpecillo que anida en el vientre de esa mujer no tiene importancia, pero el espíritu sí. El espíritu que ha buscado refugio en ese cuerpecillo es el de una persona mayor, el que tenía Elinor cuando fue asesinada. Por lo tanto posee una poderosa voluntad, y esa voluntad se está imponiendo ya a la de la madre. ¡Es ella la que le dice lo que tiene que hacer! ¿Es posible que no lo hayas comprendido?

Le zarandeaba casi, dominada por la ansiedad. Los ojos se le salían de las órbitas. Todo su hermoso cuerpo temblaba como poseído por una sensación que no era de este mundo.

Kerrigan negó con la cabeza.

—No sé qué es lo que tengo que comprender —dijo.

—Sí, es la voluntad de Elinor la que hace moverse el cuerpo de Ligeia —siguió musitando ella como si no hubiera oído la respuesta—. Ligeia está aquí, pero ni ella misma sabe bien por qué. He mirado sus documentos, ¿sabes? Jamás estuvo en Londres. ¿Cómo se le ocurrió entonces lo de esa compañía de arquitectos londinenses para la que dice trabajar? Muy sencillo: no se le ocurrió a ella. ¡Se le ocurrió a Elinor! ¿Por qué ha venido a esta casa? ¡Porque es la casa de Elinor! ¿Por qué las ventanas se abren cuando ella pasa? ¡Porque las ventanas se abren para Elinor, no para ella! ¿Comprendes ahora lo que va a pasar? Ese feto que anida dentro del vientre de Ligeia es como la semilla del diablo. Irá creciendo, creciendo, e imponiendo su voluntad cada vez con más fuerza. Si Elinor, desde el fondo de los abismos, le ordena matar... ¡Ligeia matará! Y dentro de unos siete meses, si nada lo remedia, Elinor volverá al mundo, volverá a estar entre nosotros. Y comprendo que debería estar contenta en cierto modo, Kerrigan, pero es... ¡es algo sobrenatural! ¡Es algo que me horroriza! ¡No puedo soportarlo!

Se había apoyado en su hombro. Bruscamente un sollozo la contrajo. Aquel cuerpo duro, joven y tenso se apoyó de tal modo en Kerrigan que ahora

el que tuvo el estremecimiento fue él.

Miró al vacío.

—Debes calmarte, Elsie —dijo al cabo de unos instantes—. No creo una palabra de lo que dices, porque todo es producto de tus nervios, pero en el caso absurdo de que todo eso fuera verdad, deberías alegrarte.

—¿Alegrarme? ¿Por la vuelta de Elinor al mundo de los vivos? Ya te he dicho que sí, pero me horroriza que su vuelta sea por esos caminos del diablo.

—No sólo por esa razón deberías estar contenta.

—¿Por qué otra más?

—Porque la persona que la asesinó será castigada.

Elsie echó la cabeza hacia atrás. Preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que Elinor es la que está en ese pequeño cuerpecillo, dentro del cuerpo de Ligeia.

—Sí... Supongámoslo.

—Ella sabe quién la asesinó.

—Sí...

—Por descontado, querrá vengarse.

Elsie se estremeció, como si aquellas palabras le produjeran un impacto difícil de soportar, pero al cabo de unos instantes sus ojos brillaron ansiosamente.

—Sería maravilloso —musitó.

—Pues eso es lo que va a ocurrir, en el caso de que sea cierto lo que dices. Pero puedes estar segura de que no lo es.

Y dio media vuelta para alejarse.

Pronto se convenció, sin embargo, de que no iba a poder seguir solo. Porque Elsie estaba tan aterrada que se pegó a él. Los dos caminaron juntos hacia la casa.

No fue un mal asunto para Kerrigan, ni mucho menos. Tuvo que sujetarla bien fuerte para que no se cayera. Y hay una serie de sitios estratégicos por donde sujetar a una mujer para que no se caiga, que no quiera usted saber. Pero, desde luego, puede usted imaginarlos.

Y Kerrigan los fue probando todos. El muy canalla no se dejó ni uno.

CAPITULO XII

Emily Kimbold salió lentamente de la habitación. Se sentía mareada. El olor de los cirios aún parecía flotar en el aire y le llegaba hasta el fondo de las entrañas.

El pasillo estaba oscuro como una tumba.

Sólo al fondo relucían unas lucecitas amarillentas que marcaban el principio de las escaleras.

Emily Kimbold tragó saliva...

Tenía que atreverse... Lo había pensado muchas veces, dándole mil vueltas a aquel asunto, pero ahora acababa de tomar una decisión. Tenía que atreverse... A la mañana siguiente se marcharía de allí.

Emily era la única pensionista joven que quedaba, después de la muerte de Batterfield. A Kerrigan le había llamado la atención desde el principio que dos jóvenes vivieran en un sitio tan aislado como Holsey Manor y además en compañía de unos pensionistas carcamales y paparras, pero para el hecho no había encontrado aún explicación alguna. Lo primero que pensó fue que se trataba de dos amantes que estaban allí disimulando mientras por las noches le daban a la cuerda, pero pronto se convenció de que eso no era cierto. Tuvo que llegar a la conclusión de que se trataba de dos estudiantes solitarios y un poco poetas (es decir, un poco chalados) que en Holsey Manor encontraban ese beneficio tan difícil de encontrar ya en el mundo moderno: la calma y la soledad.

No sabía que estaba equivocado.

No había comprendido aún que existía una razón terriblemente poderosa y terriblemente siniestra para que dos jóvenes como Batterfield y la señorita Kimbold estuvieran allí. No. Eso no lo imaginaba todavía.

Pero Emily Kimbold había decidido romper con aquella razón. Había decidido irse. Lo que estaba haciendo esta noche era una especie de ceremonia de despedida.

La habitación que acababa de dejar era la que sirvió para cámara ardiente de Batterfield después del asesinato de éste. El ataúd ya no estaba, las colgaduras negras tampoco, pero en cambio aún se conservaba el olor denso de los cirios. Las ventanas no habían sido abiertas, y en la cámara digna de la Edad Media flotaba, denso y maléfico, el olor de la muerte.

Ahora Emily corría a su habitación.

Quería recoger sus cosas.

Irse.

Desaparecer.

Pero al llegar a un extremo del pasillo se detuvo. De pronto su cuerpo se tensó. Aquello era inexplicable.

Bom... Booooom... Bom... Booooom... Bom...

Una serie de golpes suaves.

Profundos.

Parecían llegar de todas partes y llenaban el aire.

Emily Kimbold se detuvo, aterrada, sin comprender.

No eran golpes, sino algo más suave y entrañable. De pronto lo comprendió. Eran latidos. Eran como los latidos de un corazón humano.

¿Pero qué clase de corazón? ¿De dónde venía y dónde estaba? ¿Por qué sus palpitaciones se escuchaban en toda la casa?

Detenida en aquel pasillo oscuro, con todos los sentidos en tensión, Emily pareció escrutar con sus oídos en las entrañas de la casa.

Y entonces lo comprendió.

Aquellos sonidos partían de una determinada habitación.

Fue hacia ella.

Caminaba de puntillas.

Sentía que los pulmones le quemaban de tanto contener la respiración, pero era como si todo su cuerpo, de cintura para arriba, estuviese paralizado.

Abrió la puerta.

Y entonces la vio. No había en aquella mujer nada de terrorífico, sino todo lo contrario. Había en ella mucha hermosura y casi sublimidad. Era una de las más hermosas que Emily había visto.

Ligeia estaba sentada en una butaca, en el centro de la habitación, y tenía los ojos cerrados, en una actitud de reposo infinito. Las dos manos las tenía posadas sobre el vientre, en actitud mansa. Aquel vientre no estaba aún hinchado, pero iba perdiendo la línea esbelta, juvenil, para hacerse macizo y compacto. Era el vientre de una mujer que va a ser madre.

Y Ligeia parecía acechar aquella maternidad con las dos manos, intentando captar los relieves del hijo que llevaba en sus entrañas. En su figura había una serena dignidad, un gran reposo, una maravillosa calma.

Y también un infinito horror.

Porque era de su vientre... ¡De donde salía aquel latido! ¡El latido potente de un corazón humano!

¿Corazón humano?

Emily se estremeció.

—No. Era demasiado potente para eso.

—Bom... Boooom... Bom... Boooom...

Parecía como si latieran cien corazones a la vez... ¡O QUIZA EL CORAZON DE UN MONSTRUO!

Los ojos de Emily se desencajaron.

Sintió una cosa fría y viscosa que no era sino su propio horror.

Fue a cerrar la puerta.

Pero en aquel momento Ligeia abrió los ojos y susurró:

—¿Quién eres?

Su voz reflejaba una profunda paz.

—Soy... soy Emily Kimbold.

—¡Ah, hola, Emily...! Perdona. No te había conocido.

Bom... Boooom... Bom... Boooom...

El sonido se estaba metiendo hasta el fondo del cerebro de la muchacha. La horrorizaba, la obsesionaba. Era algo que llenaba el universo.

—Iba a irme —susurró.

—¿Por qué no te quedas?

—Es que...

—¿Qué?

Ligeia la miraba fijamente, con una fijeza casi hipnótica.

—¿Qué? —insistió.

—Es que... Bueno, oigo un ruido que me parece inexplicable.

—¿Qué ruido?

—Algo parecido al latido de un corazón.

—¿Y eso te da miedo? Todos los corazones laten.

—Sí, pero éste... Bueno, no tiene sentido. Es terriblemente fuerte, terriblemente intenso. Es como si...

Las manos de Ligeia acariciaron su propio vientre. Dijo con una sonrisa casi beatífica, una sonrisa feliz:

—Son los latidos del corazón de mi hijo. Bueno... No lo he dicho bien. Los latidos del corazón de mi HIJA.

Otra vez Emily sintió que los pulmones le abrasaban. Dios santo... ¿Pero cómo era posible? ¿Cómo un corazón humano podía latir con aquella fuerza, aún antes de nacer? ¿O quizá no se trataba de un corazón humano?

Sus ojos se desencajaron del todo.

Dijo con un hilo de voz:

—Dios mío...

Y echó a correr. Las piernas no la sostenían. Chocó dos veces con las paredes mientras aún oía la voz de Ligeia:

—Es que tú no lo comprendes... No lo comprende nadie. ¡Nadie!

Emily se detuvo al borde de las escaleras.

Estaba aterrada.

De pronto aquel latido había cesado y en la casa no se oía más que un susurro extraño, algo que era como el susurro de la muerte.

Miró en torno suyo.

Sombras quietas.

Luces titilantes.

Y aquel brillo repelente.

El brillo metálico del hacha.

Emily Kimbold no lo entendió.

El brillo del hacha... ¿Pero quién podía quererle mal a ella? ¿Quién estaba allí? ¿Y por qué?

Le parecía que otra vez sonaba aquel corazón monstruoso.

Que sonaba muy cerca, terriblemente cerca.

Que el extraño ser que Ligeia llevaba en sus entrañas ya había nacido y estaba allí... ¡Allí! ¡ALLI!

El hacha se movió.

Emily estaba al borde de las escaleras. Abrió mucho la boca, pero de ella no partió ningún sonido. Apenas movió las manos para defenderse. Su cuerpo basculó hacia atrás mientras musitaba:

—No... AHORA NOOO...

No era una petición de auxilio.

No era nada...

Era apenas una queja.

Emily no intentó defenderse. Sus manos dieron sólo una vuelta absurda. Vio que el hacha se movía.

Y reconoció la cara que estaba tras ella.

El brillo de los ojos.

¡EL BRILLO DEL HACHA!

Ella no notó nada.

La guillotina no duele, porque la cuchilla siega los centros nerviosos antes de que éstos envíen al cerebro su terrible mensaje. Y aquel hachazo tampoco dolió porque separó la cabeza del tronco con una limpieza que hubiera envidiado el mejor verdugo de la Edad Media. La rapidez con que actuó fue, a la vez, maravillosa y terrible. La cabeza de Emily Kimbold salió despedida por los aires como una pelota, rebotó en una de las paredes y luego rodó por los peldaños uno a uno.

El resto del cuerpo aún se mantuvo arriba, en una especie de milagro de equilibrio, mientras el brillo del hacha desaparecía y mientras la sombra del verdugo se alejaba poco a poco. Luego aquel cuerpo también se desplomó. Rodó poco a poco por los peldaños, detrás de la cabeza, mientras en el silencio de la casa se oía otra vez aquel sonido obsesionante.

Era el corazón, que seguía latiendo...

CAPITULO XIII

El grito de angustia resonó en la casa entera. El grito de muerte rebotó en los cristales como un cuerpo dotado de forma. Las luces amarillentas de los pasillos parecieron temblar.

Elsie se llevó las manos a los ojos.

Y gritó otra vez. Sintió que sus rodillas se doblaban. Que sus fuerzas cedían. Cayó de rodillas en lo alto de las escaleras mientras barbotaba:

—Noooo...

Kerrigan apareció tras ella. El grito de angustia de aquella mujer había atravesado la oscuridad como un lanzazo. Y la verdad fue que Kerrigan tuvo casi ganas de lanzar un grito semejante cuando vio el cuerpo de Emily Kimbold al pie de las escaleras, separado de su cabeza.

—¿Cómo has podido llegar aquí tan a tiempo, Elsie? —Murmuró, tratando de ordenar sus pensamientos—. ¿Has podido ver quién era?

—He llegado hasta aquí porque... porque... ¡Oh, no tiene sentido! ¡Ningún sentido!

—Quizá no tenga sentido, pero trata de explicarlo, Elsie. Puede sernos útil.

—No lo vas a creer.

—¿Qué es lo que no voy a creer?

—Latía un corazón en la casa.

El se mordió el labio inferior, como si tratara de dominar su confusión. Con voz inexpresiva dijo:

—Bueno... Todos los corazones laten.

—No me entiendes... ¡Era un corazón que se oía a distancia! ¡Y era el de un ser humano! ¡El corazón de un ser humano que palpitaba en la habitación donde está Ligeia! ¡Pero no era ella! ¡No era ella! ¡NO ERA ELLA!

Elsie había doblado el cuerpo, hundiendo casi la cabeza en las rodillas, mientras le acometía un terrible temblor. No cabía duda de que había llegado al final de su resistencia nerviosa. Kerrigan tuvo que ayudarla a ponerse en pie mientras decía, tratando de calmarla:

—No te preocupes. Hay muchas cosas que se oyen en las casas viejas y que uno confunde. Lo importante es si has visto algo de la muerte de Emily. El que manejaba el hacha ha tenido que huir hace apenas un minuto...

—No he podido ver nada. Sólo una sombra.

—¿De hombre o de mujer?

—No lo sé...

Elsie se había apoyado en su hombro. Temblaba cada vez más. Con una voz espesa y ronca balbució:

—Te juro que el corazón latía... Y he tenido una sensación asombrosa. ¡La sensación de que ese latido partía del vientre de Ligeia! ¡Como si una vida ya estuviera palpitando allí!

—Es que, realmente, es verdad —dijo Kerrigan con voz opaca—. En eso

no te has equivocado. Una vida está latiendo allí.

—Su hija... —musitó Elsie.

Y añadió con una especie de gemido ronco:

—Es decir: Elinor...

El miedo más absoluto había asomado a sus ojos. Elsie se enfrentaba a un mundo que no tenía sentido, un mundo que no conocía. Con la misma voz que no parecía humana, gritó:

—¡Es como si Elinor ya hubiese nacido otra vez! ¡Está en todas partes! ¡Está aquíííí!

Trató de desembarazarse de los brazos de Kerrigan para correr escaleras abajo, pero él la detuvo. Caso de dejarla, hubiese acabado rodando sobre el cadáver de Emily.

—Ve a tu habitación —musitó Kerrigan—. No te va a ocurrir nada, absolutamente nada. Verás cómo te has calmado dentro de unos minutos.

El mismo era el primero en saber que Elsie no se calmaría, pero algo tenía que decirle. Cuando vio a la muchacha alejarse, se quedó más tranquilo.

Entonces descendió por las escaleras. Se oía revuelo en la casa y una serie de habitaciones se habían abierto, pero nadie se acercaba por allí, como si todo el mundo estuviese dominado por el miedo. Kerrigan tuvo que hacer una mueca al ver tan cerca la cabeza de Emily separada del tronco, pero una cosa le llamó la atención de aquel rostro. Algo que no podría olvidar jamás.

Su placidez.

La cara de Emily era la de una mujer que no había sufrido, pero había algo más en ella. En el momento de morir NO TENIA MIEDO. Sorpresa sí que debió haberla, pero en aquellas facciones, sin embargo, no estaba impreso el horror. Cosa doblemente extraña por el hecho de que ella tuvo que ver a su asesino o a su asesina de frente.

Kerrigan no lo entendía.

Sus ojos vagaron por el inmenso vestíbulo, como si de pronto hubiera puesto los pies en el otro mundo.

Y entonces vio a Jameson. Jameson estaba allí, tan tranquilo como siempre, con su expresión entre feliz y brutal, como si no se sorprendiera de nada. Como si el contacto diario con la naturaleza le hubiera enseñado ya todas las verdades de la vida y de la muerte.

—Se va usted a volver loco, inspector —fue todo lo que- dijo.

—Lo estoy ya.

—¿Por qué habrán matado a esa pobre chica? Ella no había hecho daño a nadie.

—Claro, eso es lo que pienso. No había hecho daño a nadie, como tampoco hacían daño el pobre Batterfield. Y los otros... No, nada de esto tiene sentido. Es como una pesadilla de la que no vamos a despertar nunca.

Y miró fijamente a Jameson, que permanecía impasible frente a él, esperando sus palabras.

—Ha tenido que hacerlo alguien que maneja muy bien el hacha —susurró

—. Como, por ejemplo, usted, Jameson.

—Por supuesto —dijo el otro sin inmutarse —Pero hay mucha gente que maneja bien el hacha aquí, inspector Kerrigan. Mucha... No olvide que ésta es una vieja zona de leñadores donde los hombres aún partimos los troncos a hachazos por afición. Además, todo depende... Con un hacha pesada se pueden hacer maravillas, si uno acierta bien por chiripa. El golpe pudo asestarlo incluso una mujer joven y fuerte.

Kerrigan volvió la espalda. No sabía por qué, pero aquella conversación y aquel espectáculo le producían una especie de náusea pese a ser un policía profesional. Subió las escaleras de nuevo.

Una hora después, todos cuantos se hallaban en la casa en el momento del crimen habían sido interrogados y él tenía los resultados anotados en una hoja de papel. Lo leyó meticulosamente, punto por punto, haciendo anotaciones al margen para comprobar todos los datos. Y al final llegó a la conclusión de que allí no adelantaría nada y que iba a volverse loco.

La gente de Holsey Manor tenía coartadas perfectas, excepto Jameson, pero a Jameson tampoco podía acusarle. No había la menor prueba, no había nada. Daba a veces la sensación de que, en Holsey Manor, el que mataba era un fantasma.

Dejó los papeles.

Sabía que Simmons estaba telefoneando a Scotland Yard para pedir refuerzos, y sabía también que eso no haría más que complicar las cosas. Cuando hay demasiados hombres detrás de un caso, no se adelanta nada. Con una mueca de preocupación, encendió un cigarrillo esta vez y dio unos pasos por la habitación. El silencio le envolvía como una cosa caliente, pegajosa, como un líquido en el que se iba ahogando.

Al fin telefoneó al forense. Sabía que era demasiado pronto para tener resultados, pero quizá habría suerte. Como el cadáver de la muchacha había sido retirado un par de horas antes, quizá estaría ya hecha la autopsia.

El médico se puso al aparato. Gruñó:

—¿Kerrigan?

—¡Hola, doctor! Quiero saber si hay algún resultado. Ya sé que es demasiado pronto, pero me estoy volviendo loco.

—Supongo que no necesitas conocer las causas de la muerte, ¿verdad? Decapitación por hacha. Eso lo entendería hasta un niño de la escuela.

—No. Lo que quiero saber es algo más. Es algo que no me deja vivir.

—¿Por ejemplo?

—Los otros estaban enfermos, doctor. Gravemente enfermos.

—Sí.

—Incluso hubieran muerto entre espantosos dolores dentro de poco. Hoy la ciencia hace mucho por aliviar el sufrimiento, pero no lo ha conseguido todo. No, de ninguna manera... No lo ha conseguido todo. Y hay muertes que son casi inhumanas..., ¿qué voy a decir? Hay muertes que una sensibilidad algo cultivada no puede soportar.

—Pienso lo mismo, Kerrigan. Y aquí también pasa algo extraño.

—¿Qué?

—La chica. Esa pobre muchacha. Lo he repasado todo bien.

—¿Y qué has encontrado?

—El hígado se le deshacía. Cirrosis. Supongo que debía ser algo hereditario, porque ella no bebía, pero esos casos suelen darse. Lo tenía ya en grado muy avanzado, de modo que dentro de poco la cosa hubiera sido auténticamente demencial para ella. A su edad, no quiero ni pensarlo.

Kerrigan sintió que el auricular quemaba entre sus dedos. Él pensamiento que le había llevado a hacer aquella llamada estaba dando resultado, se estaba transformando en el único hilo que quizá le llevaría a la verdad. Mientras sus ojos se entrecerraban, preguntó:

—¿Se había operado?

—Sí, hace tiempo, pero la volvieron a cerrar sin tocar nada, en vista de que era inútil. Las cicatrices están muy claras.

Kerrigan pareció desinflarse por dentro. Musitó:

—Gracias.

Y colgó. Había dejado caer el cigarrillo sobre la alfombra y la alfombra se estaba quemando. Lo pisoteó hasta apagarlo mientras gruñía:

—¡Por una vez que me acuerdo de encenderlo...!

Luego se dirigió a la habitación de una de las pensionistas, la señora Potter. Pese a lo impropio de la hora, pensó que en una noche como aquélla no la encontraría durmiendo. Llamó discretamente a la puerta.

—Entre. Está abierta.

El entró.

La anciana estaba rezando.

Rodeada de sus recuerdos, de sus cosas que la habían acompañado por la vida y que ahora eran testigos de su soledad, era ya como una pieza gastada y que está de más en este mundo. Miró a Kerrigan sin temor, como si ya nada de lo que pudiera ocurrir le importase.

—Usted sabe que ha muerto la pobre señorita Kimbold —dijo el policía con una sonrisa que quería ser cortés—. Hemos sentido mucho tener que interrogarla a propósito de esa muerte, y espero que sabrá perdonarnos. He venido solamente por si usted tenía algo que añadir.

—¿Y qué puedo añadir yo? ¿Es que soy sospechosa?

Un brillo inteligente y a la vez maligno pasó por los ojos de la anciana. «Esta mujer ha perdido la moral, esta mujer, en el fondo, es capaz de todo», pensó el policía. Pero se limitó a decir con voz suave:

—Todos somos sospechosos, señora Potter.

—Bien, pues deténgame.

—¡Oh!, no he venido a hacer eso.

—Oiga, Kerrigan... Usted se las da de policía de pueblo, pero en realidad es listo como una sabandija. Parece que no mira nada y siempre está mirando lejos. No hace como Simmons, que mira lejos también, pero tropieza con los

muebles que tiene junto a sus pies. Si ha venido aquí es por algo.

—Quiero pedirle un favor, señora Potter. Sí... Tiene razón, he venido por algo.

—¿Un favor? ¿De qué clase?

—Quisiera que fuese a Soanes, a la ciudad.

—¿Ahora?

—Ahora, justamente. Hay que hacer una identificación.

—Bueno... —la anciana estaba indecisa—. Está bien, al fin y al cabo yo no tengo obligaciones, de modo que podré dormir mañana. Traiga el coche hasta la puerta y le acompañaré con mucho gusto.

—No habrá coche, señora Potter.

—¿No? ¿Por qué? Oiga... ¡Soanes está lejos!

—Media hora a pie. Necesito comprobar la resistencia de todos ustedes, y le ruego que no haga preguntas sobre eso. Puede negarse, desde luego, pero el hecho de negarse no la va a favorecer en nada.

La señora Potter pareció pensarlo bien. Susurró:

—De acuerdo. ¿He de ir sola?

—Claro que ha de ir sola. Supongo que conoce el camino.

—¡Y tanto que sí! He ido muchas veces en bicicleta, a pesar de mi edad. Pero de noche nunca. Por cierto, ¿puedo usar mi bicicleta ahora?

—No. Ya le he dicho que es mejor que vaya a pie.

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Salgo en seguida?

—Salga cuanto antes, señora Potter.

La anciana se puso un chal por encima de sus hombros y salió. No había nadie en las afueras de Holsey Manor: ni policías, ni habitantes, ni coches. Parecía como si la muerte se hubiera enseñoreado definitivamente del recinto y los seres humanos no hubiesen de volver a pisarlo jamás.

Kerrigan la vio marchar.

Se puso otra vez un cigarrillo en los labios.

Pero ahora tuvo buen cuidado de no encenderlo, a pesar de que bajo sus pies no había ninguna alfombra.

* * *

La figura de la anciana se insinuaba apenas en el campo, bajo los enormes robles. La luna estaba en cuarto menguante y los objetos se distinguían de una forma lejana y casi irreal. Todo estaba lleno de susurros misteriosos, de roces furtivos, de rumores que llegaban de no se sabía dónde.

Casi todos hemos conocido el miedo de las habitaciones cerradas, pero los campos bajo la noche es lo más terrorífico que existe.

La mujer avanzaba poco a poco, sintiendo que a veces vacilaban sus piernas y notando el golpeteo de algunas ramitas en su rostro, al llegar a los senderos más estrechos. Las luces de Soanes se insinuaban en la lejanía, pero tenía la sensación de que nunca llegaría hasta ellas.

Atravesó el puente sobre el arroyo.

Aquél era un sitio peligroso y por eso estaba protegido por una sólida baranda. Las aguas del arroyo bajaban impetuosas, pues el desnivel era notable. Poco más allá había una compuerta de hierro que por las noches estaba abierta, y más de una persona caída al agua se había partido la cabeza contra el borde superior de aquella compuerta sin enterarse de lo que pasaba. Debido a eso, la baranda era alta y existía un letrero que recomendaba precaución a los transeúntes.

La anciana miró en torno suyo cuando estaba en el centro del puente.

El silencio la sobrecogía.

De pronto habían cesado todos los susurros, todos los rumores. Incluso había cesado el soplo del viento.

Los ojos de la mujer giraron.

Y entonces la vio allí.

La sombra alta y erguida.

Los brazos poderosos.

Los ojos quietos.

Aquella visión, apareciendo de pronto en el fondo de la oscuridad, podía ser terrorífica, pero la anciana no mostró el menor signo de temor. Por el contrario, en sus labios casi apareció una levísima sonrisa. En su rostro hubo una placidez que curiosamente... ¡recordaba la placidez de la decapitada Emily Kimbold!

La placidez de una muerta... ¡a la que en cierto modo podía decirse que le había gustado morir!

La señora Potter no se movió. No intentó defenderse. No hizo nada. La poderosa figura la tomó entonces entre sus brazos y fue a arrojarla a la acequia con un movimiento centelleante. Era casi imposible que aquella mujer sintiera nada, que se diera cuenta de nada.

Y entonces dijo algo inaudito.

Algo que no tenía sentido.

—Gracias...

CAPITULO XIV

Aquel frágil cuerpo iba a ser lanzado por encima de la baranda del puente cuando de repente, todo cambió. Otra sombra alta, maciza, dura, brotó de entre las sombras. Otros brazos poderosos se movieron. El hombre que iba a arrojar a la anciana al rápido curso de las aguas sintió que le sujetaban por detrás y que le hacían dar una veloz media vuelta.

De su garganta se escapó un rugido.

Sus brazos fueron a moverse.

Eran los brazos entrenados y duros de un comando, los de un hombre que no necesitaba armas para matar. Intentó hacer una presa a Kerrigan, pero ya no pudo. Kerrigan era mucho más duro que él. Su presa de comando fue también de las que rompen el espinazo de un hombre.

No hizo falta.

Su enemigo salió despedido por encima de la baranda.

Lanzó un breve gemido.

Y no tuvo tiempo de nada más.

Lo demás fue muy rápido, casi alucinante.

El agua turbulenta.

La compuerta abierta.

El hierro sobre su cabeza.

Sonó un seco «cloc» y el cráneo se abrió en dos mitades.

Kerrigan se balanceó peligrosamente sobre la baranda que había estado a punto de romperse.

—Al menos no ha sentido nada —susurró, como si en el fondo lamentara el fin de su enemigo—. Repartió la muerte rápida y sin dolor y él ha tenido una muerte rápida y sin dolor. No puede decirse que no haya habido un poco de justicia.

Y se acercó un poco más a la anciana, que parecía estar rezando. Con un soplo de voz preguntó:

—¿Usted también sabe que va a morir, señora Potter...?

No obtuvo ninguna respuesta, pero tampoco hizo falta. Lo que en realidad surgió de aquella garganta quejumbrosa fue otra pregunta:

—¿Y ahora qué voy a hacer? —Musitó la señora Potter—. ¿Qué voy a hacer?

—No se preocupe, no es tan terrible como usted piensa. Le han exagerado las cosas, ¿sabe? Cuando las cosas empiecen a ponerse mal de verdad, usted ni se dará cuenta. Hoy hay sistemas casi infalibles para aliviar el dolor humano.

Y se la llevó de allí. La tomó por los hombros casi dulcemente, como si fuera una niña. En la garganta de la señora Potter hubo una especie de sollozo, pero la dulzura de Kerrigan la tranquilizó. Volvieron a Holsey Manor.

—¿Todos ustedes estaban aquí por Jameson? —Susurró Kerrigan—. ¿Todos le habían contratado?

—Sí. Todos —-dijo con un hilo de voz la señora Potter.

—¿Cuál era el pacto?

—Una muerte rápida y sin dolor, cuando no nos diéramos cuenta. Apenas un «flash» y de repente el Más Allá. Jameson era especialista en eso y además era un hombre alegre y dulce. Nunca nos hubiera hecho sufrir.

—Y eso porque todos sufrían enfermedades incurables y dolorosas, ¿verdad? Porque todos tenían miedo a una agonía espantosa que podía durar semanas, meses... Preferían acabar de una vez, sin darse cuenta, en un soplo.

La anciana dijo con un hilo de voz:

—Sí...

—¿Ninguno de ustedes intentó quitarse la vida por sí mismo?

—Nos faltaba el valor... —dijo la señora Potter—. En eso estábamos todos de acuerdo. Nos faltaba el valor... Por otra parte, nos parecía menos pecaminoso dejarnos asesinar que asesinarnos nosotros mismos.

—Cuestión de apreciaciones —dijo Kerrigan pensativamente—, De modo que ustedes se hospedaban aquí, hacían su vida normal, trataban de no pensar en nada... y tenían la certeza de que la muerte les llegaría cuando menos lo esperaran, porque Jameson aprovecharía cualquier descuido para liquidarles sin dolor, ¿no es cierto? —Se encogió de hombros mientras hacía un gesto negativo con la cabeza—. Dios mío... Pienso que tanto Jameson como los otros muertos hubiesen debido tener tiempo para arrepentirse. Lo siento...

Y volvieron a Holsey Manor. Todo estaba quieto, tranquilo, oscuro. Si alguien hubiese tenido la idea de construir un panteón inmenso, aquel panteón inmenso se hubiera parecido a Holsey Manor. No se veía ni el parpadeo de una luz. Aquél era el recinto absoluto de la muerte.

La señora Potter bisbiseó:

—Algo tiene de bueno lo que ha sucedido, Kerrigan.

—¿Qué tiene de bueno?

—Que ha dado con la raíz de esos misteriosos crímenes. El culpable ya ha muerto. Podrá marcharse tranquilamente de aquí, con la conciencia tranquila.

—Sí —dijo Kerrigan pensativamente—. Con la conciencia tranquila.

Dejó a la señora Potter en su dormitorio y avanzó por los pasillos oscuros, siniestros, quietos.

Por uno de ellos vio avanzar también una figura humana.

Era como una extraña aparición.

Era como una bella materialización del Más Allá, pero al mismo tiempo había en ella algo de maléfico y algo de siniestro.

Se trataba de Ligeia.

Ligeia pasó como una sonámbula, sin verla, y se metió en su habitación. Al fondo del pasillo, cuando ella acababa de pasar, se produjo entonces algo que no tenía sentido.

Sonó un chasquido y una ventana se abrió bruscamente.

CAPITULO XV

Ligeia parecía no haberse enterado de eso. Acababa de entrar en la habitación, y sus ojos escrutaron las sombras. En sus ojos inteligentes y quietos hubo una chispita de melancolía.

Su cuerpo empezaba a perder un poco de esbeltez, porque su vientre se había ido abultando. Aún no era nada importante, pero el feto estaba allí, vivía y palpitaba. Ligeia echó un poco la cabeza para atrás, dio unos pasos, abrió uno de los armarios y de pronto..., ¡vio la muerte...!

¡La muerte estaba allí!

¡Agazapada!

¡Tensa!

¡La muerte que tenía un hermoso cuerpo de mujer!

¡La muerte que saltaba!

El cuchillo fue directamente hacia el vientre de Ligeia. Con los dientes apretados, con una mueca diabólica en su rostro, Elsie lo empuñó en sus manos mientras lanzaba un grito.

—¡No podrás nacer de nuevo, Elinor! ¡Te mataré otra vez antes de que vuelvas al mundo! ¡Te mataré otra vez, maldita! ¡OTRA VEZ!

Sólo el salto de Ligeia, cayendo sobre la cama que tenía a su espalda, la salvó de la terrible cuchillada, porque de lo contrario la hoja de acero le hubiese atravesado el vientre de parte a parte. Pero aquella salvación fue sólo provisional, porque Elsie estaba ya otra vez sobre ella. Con los ojos desencajados, con la boca babeante de rabia, con un aspecto que ya no parecía el de una mujer, alzó de nuevo el cuchillo sobre su cabeza.

Fue a descargarlo.

Y de pronto aquella mano la detuvo.

Era una mano recia, dura, una mano que parecía hecha para pelear. Un impulso que parecía irresistible envió a Elsie por encima de la cama, al otro lado de la habitación. Fue una llave de comando de las que desplazan a un hombre a diez metros, y muy similar a la que había arrojado a Jameson por encima de la baranda, pero Kerrigan no tuvo intención de hacer daño. Simplemente envió a la mujer al otro lado de la habitación para apartarla de Ligeia.

Las hermosas piernas de Elsie se pusieron al descubierto.

¿Pero quién pensaba en ellas?

¿Quién pensaba en aquellas dos maravillas, viendo los ojos desencajados y el rictus macabro de la boca?

Elsie se puso en pie.

Retrocedió bruscamente hacia la ventana que tenía a su espalda, queriendo buscar impulso en ella para atacar otra vez. Era igual que una fiera enloquecida, era como si el demonio se hubiera aposentado en el fondo de su alma.

Kerrigan gritó:

—¡Quieta, Elsie! ¡Nadie trata de hacerte daño! ¡Procura estarte quieta!

Pero ella seguía retrocediendo hacia la ventana para saltar mejor. Su derecha con el cuchillo temblaba. Sus ojos seguían despidiendo un fulgor satánico.

¡Y en aquel momento la ventana se abrió!

¡Como si la hubiera impulsado un soplo del Más Allá!

¡Como si la hubiera movido el diablo!

Elsie no llegó a darse cuenta de que tenía el vacío a su espalda.

De pronto movió los brazos.

Lanzó un ronco gemido.

¡Cayó!

Se precipitó al vacío desde el tercer piso de Holsey Manor, sin que tuviese tiempo de sujetarla en el último segundo. Su hermoso cuerpo retumbó contra las losas de piedra. Se produjo un «crack» siniestro al partirse su cráneo en dos.

Kerrigan miró desde arriba.

También él tenía los ojos desencajados.

Unas gotitas de sudor perlaban su frente.

Se volvió hacia Ligeia, que estaba' muy pálida en la cama, respirando entrecortadamente, como si aún pensara que la muerte estaba allí. La ayudó delicadamente a ponerse en pie y susurró:

—Habrá que decirle a Mott, mi ayudante, que ya no use más esos enormes proyectores de aire que he hecho instalar entre los árboles de Holsey Manor, y que abren de golpe las ventanas que yo he cerrado mal, intencionadamente. ¿Tú has guardado y el aparato que ocultaste bajo tu falda, Ligeia? ¿El que producía aquel latido semejante al de un corazón humano?

—Sí, Kerrigan, pero ¿cómo pudiste adivinar que...? ¿Cómo pensaste que ella...?

—¿Cómo pensé que ella había matado a su hermana Elinor...? No fue fácil, Ligeia. Tuve que descartar docenas de posibilidades, hasta dar con la única base que era real: los celos. Ella estaba rabiosamente enamorada de John, el marido de su hermana, y supongo que cuando investiguemos a fondo en el ropero de Elsie, encontraremos el abrigo con mangas vueltas de piel que ella usó al salir con John un par de veces y que aparecía en las fotografías. Supongo que John no le hacía demasiado caso y se limitaba a escucharla para no herir su sensibilidad, pero, de todos modos, Elsie fue la causa de que Elinor y su marido se separaban un tiempo. Nada hubiera ocurrido, pues Elsie conservaba todas sus esperanzas, de no ser por el intento que ambos hicieran para reconciliarse. Elsie se dio entonces cuenta de que todo estaba perdido y acabó con su hermana. Lo que los celos pueden en una mujer resulta más terrible aún que lo que la ambición puede en un hombre. Elsie no cometió más que ese crimen, y posiblemente no hubiera cometido ninguno más, pero yo tenía que descubrirlo. Supe que nunca lo haría si no llevaba a Elsie al

límite de la desesperación, al límite del miedo. Por eso pedí la colaboración de Mott, con los sistemas de chorro de aíre para abrir ventanas, y por eso pedí tu ayuda, haciendo lo necesario para que Elsie llegara a creer..., ¡que llevabas a Elinor en tu seno! ¡Que ella iba a nacer otra vez! Estaba seguro de que al final se rompería el equilibrio de sus nervios, y así ha sucedido, aunque la verdad era que yo no quería que muriera.

Se pasó una mano por los ojos mientras añadía:

—De todos modos, esto ha tenido algo de bueno, Ligeia.

—¿Qué? —musitó ella, aunque conocía la respuesta.

—¿Y lo preguntas? Ha tenido de bueno el hecho de que tú, mi novia en Liverpool desde hace tanto tiempo, accedieras a venir a vivir en secreto a Soanes y accedieras a quedar encinta. No ha sido una mala experiencia, ¿sabes? Supongo que ese maldito de Simmons no encontrará jamás un sistema tan placentero para descubrir un crimen. Lo malo es que...

—¿Qué? —preguntó ella con un hilo de voz.

Kerrigan se pellizcó la mandíbula.

—Lo malo es que, con un hijo en puertas, nadie se escapa del matrimonio. Estoy atrapado —balbució—, atrapado...

Y en aquel momento todas las ventanas de aquel, lado de Holsey Manor se abrieron estrepitosamente a la vez. Mott acababa de cometer un descuido con el control de los aparatos que enviaban el chorro de aire y se habían puesto a funcionar todos a un tiempo...

FIN